

**Cómo citar:** Ferra Jódar, Guillermo. 2023. El impacto de la política interior de Cartago y la falta de aprendizaje de conflictos anteriores en la Segunda Guerra Púnica. *Alejandría* 2, 123-152.

[www.um.es/cepoat/alejandria/archivos/5081](http://www.um.es/cepoat/alejandria/archivos/5081)

# El impacto de la política interior de Cartago y la falta de aprendizaje de conflictos anteriores en la Segunda Guerra Púnica

## The impact of Carthage's internal politics and the lack of learning from previous conflicts in the Second Punic War

Guillermo Ferra Jódar<sup>1</sup>  
Universidad de Murcia

Recibido: 15-3-2023 / Aceptado: 17-5-2023

### Resumen

En este trabajo se tratará de poner el foco de atención en como la política interior de Cartago en la segunda mitad del siglo III a.C. condicionó el desarrollo de las operaciones militares de la Segunda Guerra Púnica, especialmente la escasez de envío de refuerzos a Aníbal en Italia y los problemas de descoordinación en el escenario de la península ibérica y Sicilia, poniendo en relación todo lo anterior con la falta de aprendizaje de Cartago en sus conflictos militares anteriores, cometiendo una y otra vez los mismos errores.

Palabras clave: Política, operaciones militares, refuerzos, descoordinación, aprendizaje.

### Abstract

This paper will try to focus on how Carthage's internal politics in the second half of the 3rd century BC conditioned the development of the military operations of the Second Punic War, especially the scarcity of reinforcements sent to Hannibal in Italy and the problems of lack of coordination in the Iberian Peninsula and Sicily, relating all of the above to Carthage's lack of learning in its previous military conflicts, making the same mistakes over and over again.

Keywords: politic, military operations, reinforcements, uncoordinated, learning.

## 1. Introducción

Aun con el evidente sesgo de las principales fuentes clásicas, que condiciona la narración del conflicto y de sus figuras más importantes, creemos acertado reparar en la constante mención a los enfrentamientos y luchas internas entre los mandos militares y políticos cartagineses, y aunque evidentemente, la posición de las fuentes de achacar estos enfrentamientos a la condición ambiciosa innata de los cartagineses forma parte de ese sesgo, reflejan un componente fundamental en el conflicto, que con seguridad existió, puesto que se trata de enfrentamientos propios de todas las repúblicas oligárquicas, Roma no estaba exenta de ellos como veremos. Por otro lado, sería ignorar a estas mismas fuentes el afirmar que no se mandaron refuerzos desde Cartago a los numerosos frentes del conflicto, algo que, como veremos, historiadores modernos también han aceptado. Lo

<sup>1</sup> ferrajodarguillermo@gmail.com - orcid.org/0000-0002-1899-5128

que aquí se intentará será matizar que estos refuerzos fueron muy escasos en el momento crucial de la guerra en Italia y sobre todo que, siendo su transporte por mar viable, jugó un papel importante el entorpecimiento que supusieron las luchas internas en Cartago durante el conflicto, entendiendo que, la política interior juega un papel fundamental en los conflictos. Todo ello, se intenta poner en relación con la inexplicable falta de aprendizaje de Cartago en conflictos anteriores, de los cuales, con seguridad era conocedor, sobre todo, de los hechos de la Primera Guerra Púnica y la Guerra de los mercenarios, puesto que gran parte de sus protagonistas a nivel político y militar seguían con vida, incluso, se seguían leyendo documentos sobre esas guerras, como los tratados militares de Jantipo durante el primer conflicto con Roma de los que fue lector el mismo Aníbal<sup>2</sup>. En este sentido, hemos de señalar que para el análisis de las operaciones militares nos hemos basado principalmente en obras de historiadores actuales, mientras que, las fuentes clásicas utilizadas para tratar el asunto de las luchas internas en Cartago son Livio, Polibio y Apiano, unido también a obras actuales.

## 2. La falta de aprendizaje de los errores estratégicos y la disensión en el mando: Hispania, Italia, Sicilia y África

Gran parte de los estudios, han llegado al consenso de situar al escenario de la península ibérica como un frente decisivo, ya que gran parte de la financiación de la guerra dependía de ella, sobre todo de sus enormes recursos mineros<sup>3</sup> y humanos, algo que los romanos identificaron claramente<sup>4</sup>, dedicando esfuerzos desde el principio para cortar esta fuente. La capacidad de defender los dominios hispanos por parte de Cartago era decisiva y a pesar de su superioridad numérica, se cometieron errores graves que han sido señalados esencialmente como la falta de coordinación en el ejército cartaginés<sup>5</sup>, a causa de las rencillas entre sus generales<sup>6</sup> y aunque esto ha sido negado por otros autores<sup>7</sup>, lo cierto es que vemos graves casos de

descoordinación desde el principio, como el caso de Hannon y Asdrúbal, que no supieron coordinarse bien ante el primer ataque romano<sup>8</sup>, perdiendo así la zona clave al norte del Ebro, algo que va unido a la falta de iniciativa de muchos mandos<sup>9</sup>. Creemos posible, en este sentido, establecer debilidades claras del sistema defensivo cartaginés que podrían ser consecuencia de una guerra precipitada, que no dejó margen a Cartago para consolidar realmente su dominio sobre los pueblos de esta zona, a pesar de ser algo que Aníbal tenía plenamente identificado como un objetivo clave de cara a una futura guerra con Roma, una necesidad sobre la que ya su padre Amílcar le aconsejó<sup>10</sup>. Sin embargo, siguiendo a otros autores, si bien pensamos que Aníbal era consciente de la importancia del control efectivo de las comunidades indígenas y de que su política exterior llevaría más tarde o más temprano a un enfrentamiento con Roma, no tenía calculado que esto fuera a suceder en el momento en que acabó estallando el conflicto<sup>11</sup>.

Aun así, los esfuerzos de los Barca por asegurar el control peninsular fueron notables y se basaban en un marco de medidas donde podemos situar los intentos de construir una red defensiva de fortalezas, similares a las africanas, que asegurasen el control del territorio púnico<sup>12</sup>, algo que va unido a su indiscutible actividad de fundación y refundación de ciudades en puntos clave para el control económico, culminada por la fundación de Carthago Nova, que implicaba la configuración de un centro de influencia distinto al famoso “Círculo del Estrecho” con Gadir a la cabeza<sup>13</sup> y que va unido a una estrategia de control progresivo de la costa mediterránea hacia el norte, en la que también se encuadra la toma de Sagunto, consecuencia de la intención de Aníbal de llegar a Roma siguiendo la línea costera por tierra<sup>14</sup> y de la necesidad de demostración de fuerza constante para asegurar la lealtad de las comunidades controladas e influir miedo a las no sometidas<sup>15</sup>. Otro punto a destacar son los intentos de establecer relaciones de vinculación personal político-religiosas con los pueblos hispanos

2 Pedro Barceló, «Aníbal y la helenización de la guerra en Occidente», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 161.

3 Juan José Ferrer Maestro, «Las cuentas de Aníbal», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 288-89.

4 Polibio, *Historias: Libros I-IV*, trad. Manuel Balasch Recort (Madrid: Gredos, 1981), cap. III, 97, 3-4.

5 Enrique Hernández Prieto, «Mecanismos de adhesión y control de los pueblos hispanos durante la Segunda Guerra Púnica», *Habis*, n.º 42 (2011): 109.

6 Adrian Goldsworthy, *La caída de Cartago: Las Guerras Púnicas, 265-146 A.C.*, trad. Ignacio Hierro (Barcelona: Ariel, 2019), 425.

7 Pedro Barceló, «Un primer ensayo imperialista», en *Entre fenicios y visigodos: la historia antigua de la Península Ibérica*, ed. Jaime

Alvar (Madrid: La Esfera de los Libros, 2008), 138-39.

8 Werner Huss, *Los cartagineses*, trad. José María Díaz-Regañón López (Madrid: Gredos, 1993), 210.

9 Caso de Bóstar. Polibio, *Historias*, 1981, cap. III, 98, 5.

10 Polibio, cap. III, 14, 10.

11 Sergio Remedios Sánchez, «La campaña contra los vacceos», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 221.

12 Carlos González Wagner, «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica», *Gerión*, n.º 17 (1999): 287.

13 Manuel Bendala Galán, «La retaguardia hispana de Aníbal», *Mainake*, n.º 32 (2010): 451.

14 Bendala Galán, 454.

15 Polibio, *Historias*, 1981, cap. III, 17, 5.

como bien hizo Aníbal a través de la *fides* y la *devotio*<sup>16</sup>, reforzadas con matrimonios personales con las élites locales, que evidencian un claro proyecto político de la familia Barca que tenían por objetivo “ser el soporte de un dominio territorial indefinido”<sup>17</sup>. Todas estas medidas, si bien funcionaron en parte, lo cierto es que no permitieron solventar la falta de control sobre unas poblaciones tan recientemente sometidas, algo que ya se había advertido durante el asedio de Sagunto, con indicios de rebelión entre oretanos y carpetanos<sup>18</sup> y que se demostró definitivamente con una progresiva defección de estas comunidades hacia bando romano con las victorias de los Escipiones<sup>19</sup>, sobre todo en la zona clave al norte del río Ebro, donde la recién formada subyugación de pueblos como los ilergetas, bargusios, ausetanos y lacetanos<sup>20</sup> hacía muy probable una defección hacia bando romano. Destaca también la importante sublevación de los “tartesios” de la que nos informa Livio, que en plena guerra obligó a Asdrúbal Barca a abandonar las operaciones contra Roma para centrarse en sofocar la revuelta<sup>21</sup>. Esta revuelta fue instigada precisamente por los propios prefectos rebeldes de las naves cartaginesas<sup>22</sup>, que habían sido duramente castigados. Como consecuencia, las tropas romanas tuvieron en muchas fases de la guerra, libertad de movimiento en un territorio donde, a priori, Cartago era muy superior en número, puesto que los cartagineses estaban “absorbidos”, controlando estas sublevaciones, algo de lo que nos informan claramente las fuentes clásicas<sup>23</sup>, siendo indispensable una presencia militar constante para garantizar la lealtad de estas comunidades<sup>24</sup>.

En este sentido, el grado de sumisión a Cartago, solía variar en función de las circunstancias a las que habían sido incorporadas a su dominio, algo que determinaba su grado de autonomía y el nivel de extorsión al que eran sometidos, distinguiéndose esencialmente tres grupos

en Turdetania, que, creemos, se pueden diferenciar también en el resto del área de dominio cartaginés. En primer lugar, las ciudades púnicas occidentales, aprovechando así la anterior presencia que sirvió como “cimiento”<sup>25</sup>, sobre todo la presencia de contingentes púnicos, entre mediados del siglo IV a.C. y principios del III a.C., que conocemos gracias a tesosillos como el de El Gandul<sup>26</sup> y que posibilitaron el surgimiento de “comunidades mixtas o profundamente punitizadas” en lo que se ha denominado “espacio cultural púnico”<sup>27</sup>, casos de Spal, Ilipa Magna, Carmona, Baria o Gadir son solo algunos nombres. Consiguieron mantener su autonomía y el control sobre sus dominios a cambio de contribuir al esfuerzo bélico de Cartago, una situación similar a las del segundo grupo, las comunidades ibéricas que se habían sometido pacíficamente a los Barca y que no tenía nada que ver con el tercero, aquellas comunidades que se hubieran tenido que someter por la fuerza, cuyas tierras, pasaban a ser propiedad directa de Cartago y sus recursos “explotados por mano de obra servil, mientras que sus habitantes serían expulsados o reducidos a la esclavitud”<sup>28</sup>, estableciéndose una distinción clara entre súbditos y aliados<sup>29</sup>. Sin embargo, respecto al primer grupo, la fidelidad de estas comunidades de tradición fenicia ha sido puesta en duda por algunos estudios, subrayando el hecho de que estas comunidades pudieron haber utilizado los graves problemas de Cartago durante la Guerra de los mercenarios para tratar de lograr una mayor independencia, de tal manera, que la expedición de Amílcar en 237 a.C. podría haber estado encaminada a recuperar esa presencia<sup>30</sup>, aunque esta teoría ha sido rechazada por otros autores<sup>31</sup>. En este sentido, la ya mencionada rebelión de los tartesios de Livio, ha sido identificada con las tensas relaciones de Cartago con estas comunidades, en este caso, probablemente Livio se refiera a la defección de Malaka. También hay dudas

16 Carlos Díaz Sánchez, «Las influencias religiosas en las decisiones del poder durante la Segunda Guerra Púnica», en *Ideología y religión en el mundo romano*, ed. Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos, Gonzalo Bravo, y Raúl Salinero González (Madrid: Signifer Libros, 2017), 392.

17 Bendala Galán, «La retaguardia hispana de Aníbal», 457.

18 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, trad. José Antonio Villar Vidal (Madrid: Gredos, 1993), cap. XXI, 11, 13.

19 Se producían cambios de bando constantes en función de la posición de fuerza de uno u otro Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 418.

20 Barceló, «Un primer ensayo imperialista», 132.

21 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXIII, 26, 6.

22 Livio, cap. XIII, 26, 4-5.

23 Algunos ejemplos en: Livio, cap. XII, 22, 4.

24 Así lo muestra Livio en: Livio, cap. XXIII, 27, 9-12; Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, trad. José Antonio Villar Vidal (Madrid: Gredos, 1993), cap. XVIII, 2, 14-15.

25 Manuel Bendala Galán, «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania* (Madrid: Trébede Ediciones, 2015), 118.

26 Francisco José García Fernández, «Cartago a las puertas: Turdetania en los albores de la Segunda Guerra Púnica», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 401.

27 García Fernández, 392.

28 García Fernández, 390.

29 González Wagner, «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica», 280.

30 Manuel Álvarez Martí-Aguilar, «Los fenicios en la península ibérica frente a Cartago y a Roma: cuestiones de identidad», en *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano*, ed. Juan Santos Yanguas et al. (País Vasco: Universidad del País Vasco = Euskal Herriko Unibertsitatea, 2013), 776-77.

31 González Wagner, «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica», 263.

sobre la lealtad de zonas como Sexsy Carmo<sup>32</sup>. Siguiendo esta línea, los oficiales de naves que promueven la rebelión se han relacionado con “trierarcas” de estas comunidades fenicias occidentales<sup>33</sup>, por lo tanto, ni siquiera tenemos claro que la fidelidad del a priori, núcleo duro del sistema de alianzas cartaginés en la península fuese tan clara.

En cualquier caso, al inicio de la guerra y más agudamente durante su desarrollo, el territorio fue configurándose de la mano de una gran fragmentación política, que hacía posible el control de estas comunidades gracias a pactos con jefes locales<sup>34</sup>, algo que Roma supo aprovechar. Por eso, el claro punto de inflexión de la guerra fue sin duda la pérdida de Carthago Nova, cuya explicación va unida a esta falta de control, puesto que, los tres generales cartagineses emplazados en Hispania, tenían misiones de protección asignadas que, sorprendentemente, no incluían la defensa de esta plaza, escasamente guarnecida. Magón, encargado de proteger la zona minera de Huelva con cuarteles en el estrecho, Asdrúbal, hijo de Giscón, protegiendo la cuenca del Tajo y Asdrúbal Barca asegurando la Carpetania, configurándose así, una línea defensiva que protegiese los intereses económicos de Cartago en la zona de la actual Andalucía<sup>35</sup>. El error fue no incluir a Carthago Nova en esa ecuación, no previendo quizás, el arrojado de un joven e inexperto Escipión, aunque a nuestro juicio, el error es consecuencia de lo anteriormente mencionado, la falta de control efectivo sobre las posesiones hispanas, por la falta de medios efectivos para ocupar un territorio tan extenso que precisaba de una presencia militar constante<sup>36</sup> y que no permitía flexibilidad alguna de movimiento de tropas ni una coordinación efectiva<sup>37</sup>. Todo ello, agravado por las deficiencias diplomáticas que presentaron los generales cartagineses en Hispania, producido por un exceso de confianzas tras vencer a los hermanos Escipión en 211 a.C., un punto fundamental sobre lo cual es muy acertada la reflexión de Polibio: “de ahí que trataran desdeñosamente a los nativos, a los que con tal conducta convirtieron en unos enemigos sometidos, no en aliados ni en amigos”<sup>38</sup>. Este exceso de confianza, unido a las rivalidades internas entre los generales, no permitieron aprovechar esta victoria clave para poder enviar refuerzos a Aníbal y expulsar a los romanos de este escenario, algo ejemplificado por Polibio en el siguiente pasaje: “Los generales cartagineses tras

haber vencido al enemigo, no lograron vencerse a sí mismos. Creían que la guerra contra los romanos había concluido y se enzarzaron en peleas entre ellos, acuciados por la ambición de afán y dominio, verdaderamente innatos en los cartagineses”<sup>39</sup> y donde también jugó un papel importante la necesidad y el interés de los generales cartagineses por guarnecer sus zonas asignadas<sup>40</sup> y “restaurar allí el orden”<sup>41</sup>. Polibio hace mención de nuevo a estas rivalidades cuando habla del éxito de la toma de Carthago Nova, de hecho se puede decir que destaca bastante su importancia en pasajes como este: “Afirmaba que, sin embargo, lo más importante era que los generales adversarios se habían enemistado y que se negaban a presentar batalla conjuntamente contra los romanos; si se arriesgaban separadamente, eran fácilmente superables”<sup>42</sup>. Aunque este pasaje en concreto pueda ser interpretado como una invención del propio Escipión para animar a sus tropas, el resto de menciones en Polibio citadas y los hechos no parecen que se traten de especulaciones, además, son ejemplos recogidos por otras fuentes como Livio que también refleja esta situación en un pasaje similar<sup>43</sup>, sentenciando así: “ni las desavenencias internas les permiten unirse, ni podrán resistirnos por separado”. Todo esto fue resultado de la falta de autoridad en el mando de las operaciones<sup>44</sup>, pues no se supo gestionar bien las rivalidades entre los distintos mandos por parte del supuesto líder militar en el escenario, Asdrúbal Barca, algo reflejado también por Polibio: “Asdrúbal, planeó muchos y muy diversos proyectos referentes a lo que se le echaba encima. Le acongojaba la desertión de Indíbil, también la enemistad y la hostilidad hacia su persona que sus mismos generales no disimulaban”<sup>45</sup>. Además, Polibio también nos informa del conocimiento progresivo que fue teniendo Escipión de estos conflictos internos en ciertos pasajes: “Después supo que los aliados más allá del Ebro se mantenían fieles a los romanos y, también, que los generales cartagineses andaban a la greña y que trataban desdeñosamente a los pueblos sometidos”<sup>46</sup>. También fue consciente del requerimiento de presencia militar constante para mantener el dominio púnico en Hispania, que implicaba la división del ejército cartaginés. “Pudo enterarse de que las fuerzas de los

32 Álvarez Martí-Aguilar, «Los fenicios en la península ibérica frente a Cartago y a Roma», 798.

33 Álvarez Martí-Aguilar, 784.

34 García Fernández, «Cartago a las puertas», 396.

35 Barceló, «Un primer ensayo imperialista», 139.

36 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 425.

37 Goldsworthy, 425.

38 Polibio, *Historias: Libros V-XXV*, trad. Manuel Balasch Recort (Madrid: Gredos, 1981), cap. X, 36, 3-4.

39 Polibio, cap. IX, 11, 2.

40 Jorge Ramón Corzo Sánchez, «La Segunda Guerra Púnica en la Bética», *Habis*, n.º 6 (1975): 230.

41 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 456.

42 Polibio, *Historias*, 1981, cap. X, 6, 5.

43 Véase: Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXVI, 41, 20-22.

44 Fernando Quesada Sanz, «Aníbal, estrategos carismático, y los ejércitos de Cartago», en *Fragor Hannibalis: Aníbal en Hispania*, ed. Manuel Bendala Galán, María Pérez Ruiz, y Inmaculada Escobar (Madrid: Comunidad de Madrid, 2013), 274.

45 Polibio, *Historias*, 1981, X, 37, 1-2.

46 Polibio, cap. X, 7, 3.

cartagineses se habían dividido en tres...<sup>47</sup>, un éxito más de la inteligencia militar romana. Y es que, a partir de las desavenencias que surgieron entre los mandos cartagineses sobre todo tras la victoria en 211 a.C., solo en momentos de extrema necesidad parece haber consenso entre ellos, como en la distribución de las competencias y acciones tras la derrota de Baecula<sup>48</sup>. Roma supo aprovechar estos puntos débiles, no solo en la toma de Carthago Nova, Escipión también extrajo experiencias de los errores anteriores de sus familiares en el mismo escenario, diseñando una estrategia para usar esta división de las fuerzas cartaginesas en su beneficio, como medio para intentar anular la ventaja de la importante superioridad numérica cartaginesa<sup>49</sup>.

Por otro lado, estos condicionantes, no permitían aprovechar algunas debilidades que podía presentar Roma, como la agresividad de sus magistrados, que, aunque considerada virtud, podía convertirse en precipitación y descoordinación, como resultado del afán de conseguir victorias personales a contrarreloj, lo cual no ocurría por lo menos en la cuestión del tiempo, a los generales cartagineses<sup>50</sup>. Aníbal supo explotar esta debilidad en Italia en las batallas de Trebia<sup>51</sup>, Trasimeno<sup>52</sup> o Cannas<sup>53</sup>. Sin embargo, esta precipitación se convirtió en Hispania en algo positivo, a través de la sorpresa y los golpes de mano, cuyo ejemplo principal es la ya mencionada toma de Carthago Nova, en el que volvió a jugar un papel importante lo que hoy entendemos como inteligencia militar romana y que, se ha propuesto en parte, como un resultado más del aprendizaje romano<sup>54</sup>. La toma de esta ciudad no solo constituía un mazazo a nivel propagandístico y la obtención de un gran botín, sino también la posibilidad de liberar a los trescientos rehenes que actuaban como garantes de las relaciones de los cartagineses con las comunidades indígenas, siendo un punto de inflexión para el sistema de alianzas cartaginés en la península, puesto que, no solo se perdió la garantía de una alianza vigente, sino que Roma los liberó con la condición previa de que sus comunidades de origen debían prestarle apoyo y cambiar de bando<sup>55</sup>. En esta

misma línea, tampoco se consiguió un control efectivo de los mercados de mercenarios, que se opusieron en gran parte al dominio cartaginés, por lo que ni siquiera arriesgadas tácticas como la inserción de prisioneros de guerra hispanos en los ejércitos cartagineses<sup>56</sup> terminó de funcionar y el reclutamiento de mercenarios y el levantamiento de levas hispanas, que servían como una base clave para el dominio peninsular<sup>57</sup>, no terminaron de resultar efectivas, pues las deserciones fueron siempre una constante. Todo ello, junto a la innegable capacidad militar de Escipión<sup>58</sup>, causó la pérdida de este escenario. Si bien es cierto que Cartago mantuvo la capacidad de seguir reclutando hombres en Hispania hasta el final de la guerra, como los 2.000 celtíberos que participaron en la batalla de las Grandes Llanuras, lo que nos habla de la falta de control del territorio por parte de Roma<sup>59</sup>. De hecho, los magistrados romanos se enfrentaron a gran parte de los problemas de Cartago durante la guerra, sobre todo, en lo referente a la falta de control del territorio, sin embargo, usaron las desavenencias levantadas por los cartagineses muy acertadamente, por ejemplo, haciendo medrar a unos jefes hispanos sobre otros aumentando sus reinos, como los casos de Indibil y Culcas o prácticas similares a la *deditio* como la imposición de guarniciones y exigencia de desarmes<sup>60</sup>, lo que nos vuelve a hablar de la necesidad de presencia militar constante para controlar el territorio<sup>61</sup> que se intentaba conjugar con intentos de desmilitarización del mismo.

Respecto a la península itálica, la estrategia de Aníbal de llevar la guerra a la propia Roma, según todas las fuentes clásicas, venía de Amílcar<sup>62</sup>, aunque otros autores señalan, que la asistencia gala implicaría que el plan fue trazado por Asdrúbal antes del 225 a.C.<sup>63</sup>. En cualquier caso, este planteamiento tenía por objetivo evitar una invasión de África, e intentar no luchar defensivamente en la península ibérica, para, de esta manera, romper el sistema de alianzas de Roma en la península itálica, la única opción ante la inferioridad de recursos que Cartago presentaba desde

47 Polibio, cap. X, 7, 4.

48 Huss, *Los cartagineses*, 261.

49 Polibio, *Historias*, 1981, cap. X, 7, 6-7.

50 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXIV, 8, 7-8.

51 Polibio, *Historias*, 1981, cap. III, 70, 7-8; Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXI, 53, 6.

52 Polibio, *Historias*, 1981, cap. III, 80, 4.

53 Polibio, cap. III, 110, 3.

54 Sobre este concepto y esta cuestión véase: Pau Valdés Matías, «Cum cura exploratis (Liv. XXII, 12,2): inteligencia militar en Roma durante el siglo III a. C.», *Studia historica. Historia antiqua*, n.º 38 (2020): 51.

55 Enrique García Riaza, «La función de los rehenes en la diplomacia hispano-republicana», *Memorias de historia antigua*, n.º 18 (1997): 86.

56 Pascual Jiménez, «Mercenarios de la Península Ibérica en las tropas de Aníbal», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 245.

57 Jiménez, 246.

58 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 484.

59 Goldsworthy, 500.

60 Hernández Prieto, «Mecanismos de adhesión y control de los pueblos hispanos durante la Segunda Guerra Púnica», 105-6.

61 Hernández Prieto, 110.

62 José María Blázquez Martínez, «La herencia de Amílcar Barca (290-229 a.C.) y de Asdrúbal (245-221 a.C.) a Aníbal (247/246-183 a.C.): La Segunda Guerra Púnica», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 30.

63 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 258.

el punto de vista poblacional y marítimo, que más adelante matizaremos. Creemos además que se trataba de una estrategia plausible, que podría funcionar si se aprovechaba la dispersión de frentes que la política exterior romana había creado y todo el recelo que había levantado en las zonas de influencia cercanas, como Macedonia o la Galia Cisalpina<sup>64</sup>. Sin embargo, esta empresa tenía algunos inconvenientes importantes. En primer lugar, Aníbal se vería obligado a vivir sobre el terreno, hecho que condicionó su estrategia en más de una ocasión<sup>65</sup>, y de hecho, implicaba que su ejército no podía dejar de moverse en ningún momento<sup>66</sup> y por tanto el asedio de una ciudad fuertemente defendida, quedaba absolutamente descartado, de ahí que no se atreva a asediar Roma<sup>67</sup>. Por otro lado, también proporcionaba una ventaja de flexibilidad y movilidad considerable, puesto que no había que preocuparse por defender una línea de abastecimiento que implicase el desvío de tropas, como había sucedido en el paso de los Pirineos. Pero antes de entrar en más detalles, hemos de decir que no era la primera vez que se intentaba una estrategia similar.

Pirro de Epiro había puesto a prueba, sin éxito, este sistema, que se demostró solidísimo<sup>68</sup>, en las campañas de los años 282-272 a.C. en apoyo de los tarentinos, siendo los cartagineses testigos de éstas y protagonistas de una guerra paralela con Pirro en Sicilia, que por otro lado, había puesto de manifiesto la debilidad del ejército terrestre de Cartago y la importancia de la red de alianzas griegas en el contexto siciliano, cuya ambigüedad hizo pensar a Pirro en una victoria fácil, acabando en derrota por la misma razón, algo que Roma si aprendió<sup>69</sup>, como demostró en la Primera Guerra Púnica, atrayéndose a Hierón de Siracusa a su lado. Además, los propios cartagineses habían experimentado la solidez de esa unión itálica puesto que ya Amílcar Barca en el contexto de la Primera Guerra Púnica, realizó una serie de campañas de saqueo por el litoral itálico, llegando hasta Cumas,<sup>70</sup> con el objetivo, según se ha planteado, de intentar probar la solidez de este sistema de alianzas e intentar presionar para pactar una paz con alguno de sus integrantes<sup>71</sup>, sin

éxito. En el conflicto que nos ocupa, Aníbal, a pesar de éxitos sonados sobre todo entre poblaciones samnitas y brucias, no consiguió desarticular el sistema de alianzas romano, a pesar de que difícilmente Aníbal pudo causar más daño e inestabilidad en suelo italiano<sup>72</sup>. Ni siquiera con la inteligente campaña propagandística que llevó a cabo en este sentido, consistente en hacer un llamamiento para que los pueblos itálicos luchasen por su “libertad” uniéndose a su causa, liberando, como muestra, a los prisioneros itálicos sin pedir rescate<sup>73</sup>, o sirviéndose de la religión utilizando los sacrificios en el Lago Averno para la misma causa<sup>74</sup>.

Es cierto que el dominio romano levantaba ciertos resquemores en los pueblos itálicos sometidos, problemas enquistados como la falta de control sobre los samnitas que ya se habían sublevado en varias ocasiones y la imposibilidad de someter completamente a las tribus de la Galia Cisalpina eran condicionante graves, pero, si bien algunas ciudades fundamentales de Italia como Capua se pasaron a bando cartaginés, probablemente porque aspirasen a una mayor autonomía<sup>75</sup>, el núcleo duro de ciudades aliadas se mantuvo leal por varios motivos, entre ellos, la progresiva integración de las aristocracias itálicas en la alta sociedad romana a través de la política matrimonial, algunos ejemplos son los Licinios de Etruria, los Fluvios de Túsculo, o los Atilios de Campania, vinculados en este caso a la gens de los Fabios<sup>76</sup>. Este hecho, resultó determinante en muchos casos, ya que la integración de estas élites permitía controlar cualquier intento de defección desde abajo, puesto que la política interior en estas ciudades resultaba clave a la hora de inclinarse a uno u otro bando<sup>77</sup> ya que en la mayoría de ciudades itálicas, la aristocracia era proclive a Roma y la plebe a los cartagineses<sup>78</sup>. Cartago por el contrario no consiguió hacer en África lo mismo, y aunque también se emplearon tácticas para integrar a estas élites a través de matrimonios mixtos y una gran tolerancia en materia religiosa, evidenciados arqueológicamente<sup>79</sup>, los pueblos sometidos, tanto en el caso hispano

64 Barceló, «Aníbal y la helenización de la guerra en Occidente», 163.

65 Gerard Cabezas Guzmán, «Aproximación a la logística militar del ejército de Aníbal», *Historiae*, n.º 10 (2013): 106.

66 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 311.

67 Cabezas Guzmán, «Aproximación a la logística militar del ejército de Aníbal», 115.

68 Jaime Gómez de Caso Zuriaga, «Antecedentes de la Primera Guerra Púnica: de la guerra de Pirro al incidente de Mesina», *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, n.º 8 (1996): 109.

69 Gómez de Caso Zuriaga, 113.

70 Polibio, *Historias*, 1981, cap. I, 56, 10.

71 Jaime Gómez de Caso Zuriaga, «Amílcar Barca y el fracaso militar cartaginés en la última fase de la Primera Guerra Púnica»,

*Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, n.º 7 (1995): 116.

72 Cabezas Guzmán, «Aproximación a la logística militar del ejército de Aníbal», 111-12.

73 Polibio, *Historias*, 1981, cap. III, 77, 3-6.

74 Díaz Sánchez, «Las influencias religiosas en las decisiones del poder durante la Segunda Guerra Púnica», 391.

75 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, 476.

76 Pedro Barceló, *Aníbal de Cartago: Un proyecto alternativo a la formación del Imperio romano* (Madrid: Alianza, 2017), 73.

77 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 376-77.

78 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXIV, 2, 8.

79 Véase: Fernando Prados Martínez, «Apuntes sobre democracia, igualitarismo y tolerancia en Cartago a través de las fuentes arqueológicas y textuales (siglos IV-III A.C.)», *SPAL*:

como en el libio, no percibieron como una ventaja la subyugación a Cartago, haciendo imposible el control efectivo del territorio, algo que Roma sí consiguió en la península itálica con el estatuto jurídico privilegiado para los latinos y la firma de *foedera* con el resto de ciudades itálicas que implicaban una cierta autonomía, aunque un reconocimiento claro a la autoridad romana y un compromiso a servir en el ejército regulado a través de la *formula togatorum*<sup>80</sup>. También jugó un papel importante, el miedo a la presencia casi constante de tropas romanas desplegadas en la zona de Etruria<sup>81</sup>, algo de lo que escaseaba Cartago en África y que jugó un papel importante, como también la organización tribal de las sociedades númeridas y la complejidad del caso libio, que no se podía comparar a la organización política de muchas ciudades itálicas, más similar a Roma, algo en lo que entraremos más adelante. En definitiva, nuevamente encontramos el mismo problema, la clase dirigente romana toma lecciones de sus conflictos y de los conflictos de sus vecinos<sup>82</sup>, mientras que Cartago presenta y comete los mismos errores una y otra vez desde la guerra de Pirro, que demostró que romper la confederación y la resiliencia romana no era una cuestión de una serie de victorias en el campo de batalla, como hubiera ocurrido en el caso de tratarse de una guerra en el mundo helenístico, aspecto fundamental que más adelante se abordará.

Es cierto que Aníbal consiguió éxitos importantes, pero la falta de cohesión de las ciudades italianas que se pasaron a bando cartaginés a partir de Cannas en 216 a.C., que no colaboraban entre sí para lograr un propósito común, acabar con Roma y que exigían constantemente que Aníbal las defendiese con su ejército principal, jugaba como un condicionante muy negativo.

El resultado fue una renovada importancia de las plazas fortificadas, que se convirtieron en el principal objetivo de uno y otro bando; y aunque ahora sí que se podía contar con líneas de abastecimiento, el ejército cartaginés perdió su anterior flexibilidad, obligado a defender a esas ciudades, mientras que estas comunidades se negaban a entregar un número elevado de tropas para que combatieran fuera de su propio territorio<sup>83</sup>, puesto que la mayoría de tratados firmados con estas ciudades itálicas incluían la cláusula de que sus

ciudadanos no serían reclutados contra su voluntad<sup>84</sup>. Todo ello generaba una gran vulnerabilidad en los nuevos “ejércitos aliados cartagineses”, formados por un grueso de itálicos y destacamentos de mercenarios veteranos al mando de un oficial cartaginés, siendo poco eficaces e inferiores en número a los romanos, por lo que en batalla solían perder, como le ocurrió al ejército de Hannon de 17.000 itálicos y 1200 númeridas, de tal manera que de facto, el único ejército que podía vencer en batalla a los romanos era el de Aníbal, que había quedado condenado a permanecer a la defensiva por la ausencia de refuerzos<sup>85</sup>. Es aquí donde la superioridad numérica y demográfica romana, que más adelante se intentará matizar, sí que tuvo un papel fundamental, ya que permitió atacar varios puntos aliados de Cartago simultáneamente mientras que Aníbal carecía de esta posibilidad, pero esto se debió principalmente a que aprendieron del error de Cannas y no agruparon a todas las legiones en un mismo cuerpo de ejército, sino que formaron contingentes más pequeños y más flexibles<sup>86</sup>, demostrando esa adaptación y aprendizaje de Roma durante la guerra. Se hacía patente en este punto lo imprescindible del envío de refuerzos a Aníbal desde Cartago, que permitiera reponer las bajas<sup>87</sup> y asumir la nueva fase del escenario, proporcionándole mayor flexibilidad y la capacidad de atender a varios frentes. A pesar del condicionante que suponía los problemas de abastecimiento antes mencionados, Aníbal contaba con recursos para el avituallamiento de estos refuerzos, algo que podemos identificar por el alto número de prisioneros romanos que mantiene como cautivos en algunas ocasiones<sup>88</sup>, por lo que creemos que el abastecimiento de nuevas tropas hubiera sido factible, ya que además las tácticas de forrajeo como la *frumentatio*<sup>89</sup> y posteriormente el apoyo de ciudades itálicas, hubieran podido satisfacer las necesidades de un número significativo de refuerzos que le hubieran permitido una mayor capacidad de defensa en sus actividades de forrajeo, por lo tanto, debemos descartar la imposibilidad de su avituallamiento como motivo de que estos refuerzos nunca llegaran en número suficiente.

Profundizando en estas cuestiones, se hace necesario entrar en un aspecto controvertido, la importancia que tuvo la batalla de Metauro (207 a.C) en la guerra. En este sentido, no nos parece sostenible la tesis según la cual, para ese momento la guerra ya estaba decidida en favor

Revista de prehistoria y arqueología de la Universidad de Sevilla, n.º 15 (2006): 254-55.

80 José Manuel Roldán Hervás, *El imperialismo romano: Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-133 a.C.)* (Madrid: Síntesis, 1994), 110-11.

81 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 377.

82 Gómez de Caso Zuriaga, «Antecedentes de la Primera Guerra Púnica», 110.

83 Una aproximación a estas cuestiones en: Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 372-78.

84 Un ejemplo en: Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXIII, 7, 1.

85 Roldán Hervás, *El imperialismo romano*, 39.

86 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 373.

87 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, 488.

88 Cabezas Guzmán, «Aproximación a la logística militar del ejército de Aníbal», 110.

89 Cabezas Guzmán, 112-13.

de los romanos, subrayando el éxito de la rendición de Capua en 211 a.C. y su reorganización económica que contribuyó bastante a sostener el esfuerzo bélico romano. Y, sobre todo poniendo en valor como se hace, el hecho de que, tras la derrota de Asdrúbal Barca por parte de los hermanos Escipión en la península en 215 a.C., se hizo imposible que convergiesen tres ejércitos cartagineses en Italia, pues Magón tuvo que ser enviado a reforzar a su hermano Asdrúbal y no a Aníbal como supuestamente, según Livio, se tenía pensado, estableciendo que estos refuerzos hubieran sido mucho más decisivos en ese momento por la situación de la guerra<sup>90</sup>. En este sentido, efectivamente encontramos algunos autores que achacan la falta de refuerzos de Aníbal a la “internacionalización del conflicto”<sup>91</sup>, aunque tampoco esto nos resulta convincente, como se expondrá más adelante. Además, creemos que no se tiene suficientemente en cuenta un dato importante, y es que en el año 208 a.C., doce de las treinta ciudades latinas del núcleo duro del sistema de alianzas romano, se negaron a seguir contribuyendo al esfuerzo de guerra<sup>92</sup> y si bien no se pasaron a bando cartaginés, a nuestro parecer, **sí que se trata de una rebelión significativa y podría ser el paso previo a hacerlo**. Si esto se pone en relación con la entrada de un nuevo ejército cartaginés a la península itálica y el hecho de que el ejército de Aníbal seguía invicto a pesar de algunos reveses<sup>93</sup>, creemos como bien apunta Goldsworthy, que un éxito cartaginés en Metauro hubiera sido más importante de lo que se cree. Por otro lado, sin negar la importancia de la batalla del 215 a.C. en el frente hispano, los cartagineses tuvieron oportunidades de enviar refuerzos a Aníbal desde Hispania tras la derrota romana en 211 a.C. y por mar durante toda la guerra desde África, lo cual como intentaremos exponer a continuación, no se hizo, no por la imposibilidad de su transporte marítimo, sino porque Aníbal se encontró, en palabras de Quesada Sanz, “privado de suficientes refuerzos por la actitud de su propio Senado y la derrota y muerte de su hermano Asdrúbal en Metauro”<sup>94</sup>, algo a lo que se refiere Livio específicamente: “Tampoco se le hacía ningún envío desde su patria, preocupada por conservar Hispania,

como si en Italia marchase todo bien”<sup>95</sup> o en pasajes posteriores puestos en boca de Fabio Máximo: “Pues qué, ¿será, en fin, Aníbal más fuerte en armas y hombres en el último rincón del Brucio, donde lleva ya bastante tiempo reclamando inútilmente ayuda a su patria, o cerca de Cartago, con toda África como aliada?”<sup>96</sup>.

Dicho esto, intentemos establecer una posible causa de esta escasez de medios y preguntémosnos si la expedición de Aníbal a Italia exigía una cantidad de recursos que el estado cartaginés no podía, o no quería proporcionar. De ser así, se podría hablar entonces de una “superextensión estratégica”<sup>97</sup>, porque Aníbal no fue consciente del enorme monstruo demográfico al que se enfrentaba, algo que Polibio identificó claramente: “Y Aníbal, que no disponía ni de veinte mil hombres, se atrevió a invadir Italia”<sup>98</sup>. Sin embargo, autores como Pedro Barceló, han subrayado el aspecto de general realista de Aníbal, siendo consciente de los recursos romanos y las limitaciones de los suyos<sup>99</sup>. Es cierto que la capacidad de reclutamiento y el esfuerzo demográfico de Roma era insuperable a través del sistema de reclutamiento de aliados, algo que podemos conocer gracias a las fuentes clásicas, que hacia el año 225 a.C., solo 7 años antes de comenzar la guerra, Roma disponía de 770.000 hombres en edad militar susceptibles de ser llamados a filas, 273.000 de ellos ciudadanos romanos, aunque estudios actuales han situado la cifra en 634.000 hombres<sup>100</sup>, esto puede ser bastante matizado a nuestro entender y esa apabullante demografía romana que permitía una escalada de reclutamiento que Cartago no podía seguir, no fue tan absoluta como se ha pensado, aunque sí, claramente superior. Sin embargo, algunas acciones de reclutamiento por parte de Roma nos hacen replantear algunos aspectos, pues, si la abundancia de hombres era tan apabullante, no se entiende entonces porque tras Cannas, se hace un llamamiento al reclutamiento de voluntarios esclavos, ascendiendo a un total de 8.000, además de reclutar 6.000 presos, a los que también se les prometió la libertad<sup>101</sup>. Ante la tesis de algunos autores, según la cual si Roma hubiese ido tan escasa de hombres, se hubiese reclutado un mayor número de esclavos y criminales que de seguro había

90 Véase: Fabrizio Biglino, «Rethinking the Factors That Determined Roman Victory in the Second Punic War», *Aquila Legionis: Cuadernos de Estudios Sobre El Ejército Romano*, n.º 22-23 (2019): 18.

91 Roldán Hervás, *El imperialismo romano*, 37.

92 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 404.

93 Goldsworthy, 405.

94 Fernando Quesada Sanz, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano: vidas divergentes, muertes paralelas», en *Enemistades peligrosas: encuentros y desencuentros en el mundo antiguo*, ed. Fernando García Romero y Antonio Moreno Hernández (Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos, 2013), 188.

95 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXVIII, 12, 9.

96 Livio, cap. XXVIII, 42, 18.

97 Francisco José Ruiz González, «Estrategia militar y política: temas teóricos y aplicación práctica», *Boletín de Información*, n.º 308 (2009): 48.

98 Polibio, *Historias*, 1981, cap. II, 24, 17.

99 Barceló, «Aníbal y la helenización de la guerra en Occidente», 168.

100 Conferencia: *La batalla de Pidna: Roma y Macedonia, dos colosos frente a frente* | Fernando Quesada Sanz (Madrid, 2021).

101 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 370.

en Roma<sup>102</sup>, puede decirse, que de haberse reclutado y armado a un mayor número, se hubieran podido desencadenar problemas de orden público graves cuando no una deserción en masa, como finalmente ocurrió a la muerte del general Graco<sup>103</sup>. No creemos que se pueda ignorar el riesgo que supone armar a estos colectivos, si bien podían ser agrupados y organizados antes que las tropas ciudadanas o aliadas, la efectividad de estas tropas era a priori casi nula. Por otro lado, las fuentes clásicas sobre todo Livio, nos informan varias veces del problema de la escasez de hombres<sup>104</sup> y de resistencias al reclutamiento<sup>105</sup>, así como medidas extraordinarias como el alistamiento de menores de 17 años<sup>106</sup>, imposiciones a las colonias de la costa de proporcionar soldados a pesar de que “se suponía tenían un derecho inviolable a la exención”<sup>107</sup>, nuevos episodios de recluta de esclavos<sup>108</sup>, incluso, según fuentes de Livio, se envían refuerzos de Hispania a Italia<sup>109</sup>. Todo ello, unido a descontentos importantes en la población romana, precisamente por el peso excesivo de la guerra que estaba esquilmando a los ciudadanos<sup>110</sup>. Y es que, una cosa es que Roma pudiera permitirse, sobre el papel, sufrir 9 veces más las bajas que habían sufrido en los primeros dos años de guerra y otra muy distinta es que su economía no se paralizase completamente si se reclutaban tantos hombres y que efectivamente se pudiese tener la capacidad de hacer efectivo el reclutamiento de esas gentes, cuyo servicio suponía su empobrecimiento y el descuido de sus cosechas, que, por otro lado, el estado no estaba siendo capaz de defender, de hecho, al reducirse la capacidad financiera mínima para ser reclutado de 11.000 ases a 4.000<sup>111</sup>, el peso de la guerra pasaba aún más al pequeño propietario. Por ello, la resiliencia de la población romana que el mismo Livio nos narra en algunos pasajes, es desmentida por otros autores<sup>112</sup> y por él mismo en otros pasajes ya mencionados, solo hay que prestar atención a los episodios de histeria colectiva de la población que se tradujeron en

superstición y fanatismo religioso, llegándose incluso a los sacrificios humanos de extranjeros, usados como “chivos expiatorios”<sup>113</sup>, para entender la desesperación de la población romana.

A pesar de todo, se siguieron produciendo episodios de reclutamiento voluntario<sup>114</sup>, y el número de legiones reclutadas no dejó de ir en aumento hasta que se fueron solucionando los distintos frentes, algo que no se pretende negar en ningún caso. Sin embargo, a estos matices va unido el hecho de que gran parte del potencial demográfico de Roma residía en sus aliados y de haber tenido éxito completo la estrategia de Aníbal, quizás con un mayor apoyo desde Cartago, todo ese potencial se hubiera puesto en contra de Roma. Desde luego, no parecen medidas de un estado al que le sobrasen hombres o al que le fuera fácil reclutarlos, el armar a esclavos y criminales o “a los que considerasen con fuerzas suficientes para llevar las armas aunque no estuvieran en edad militar”<sup>115</sup>, así como emplear las legiones que habían huido del desastre de Cannas<sup>116</sup>, en un principio condenadas al ostracismo, pues se había preferido reclutar esclavos a usarlas, como el hecho de que no se atrevan a castigar a las doce colonias latinas que se habían negado a seguir manteniendo el esfuerzo bélico, hasta una fecha tan tardía como 204 a.C.<sup>117</sup>, quizás porque Roma no se sintió con fuerza suficiente para ello hasta ese momento, por miedo a que se pasasen definitivamente a Aníbal. Si bien, repito, esto son solo posibles matices que adolecen de basarse demasiado en Livio, y que no pretenden negar una superioridad demográfica que es clara por parte de Roma<sup>118</sup>.

Aun con todos estos inconvenientes, muchos fueron los éxitos de las operaciones de Aníbal en Italia y solo en los dos primeros años de lucha, los romanos y sus aliados habían sufrido 100.000 bajas, más del 10% de la población en edad militar, y un tercio del Senado había muerto en combate, mientras que el resto había perdido algún miembro de su familia<sup>119</sup>. Que a la orgullosa *nobilitas* romana le importa más bien poco o nada la magnitud de las bajas de soldados rasos campesinos puede ser plausible, pero este último dato sí que debió de ser demoledor y para cualquier otro estado, un factor muy importante a la hora de entablar

102 Biglino, «Rethinking the Factors That Determined Roman Victory in the Second Punic War», 15.

103 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXV, 20, 4.

104 Lo que hace abandonar el escenario de la Galia ese año 216 a.C. Livio, cap. XXIII, 25, 6; Livio, cap. XXV, 5-9; Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXVI, 35, 2.

105 A causa de episodios de corrupción. Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXV, 3, 8.

106 Livio, cap. XXII, 57, 9.

107 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXVII, 38, 3.

108 Livio, cap. XXVIII, 38, 10.

109 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXVII, 38, 11-12.

110 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXVI, 26, 10-11; Livio, cap. XXVI, 35, 1-7.

111 Roldán Hervás, *El imperialismo romano*, 117.

112 Un ejemplo en: Polibio, *Historias*, 1981, cap. III, 85, 8-9.

113 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 173.

114 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXVII, 46, 3.

115 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXV, 5, 7.

116 Un ejemplo en: Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXVI, 28, 11.

117 Livio, cap. XXIX, 15, 1.

118 Una estimación posible en: John Scheid y Milan Melocco, *Infografías de la antigua Roma*, trad. Nicolas Guillerat y Silvia Furió (Barcelona: Critica, 2021), 112-13.

119 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 367.

negociaciones de paz, pues era la propia élite dirigente la que estaba muriendo y si la guerra continuaba igual, los asientos del Senado podían quedarse vacíos. Es aquí donde puede verse una de las claves de la guerra, Roma nunca acepta negociar en una situación de debilidad, rechazando las propuestas cartaginesas, lo mismo que le había sucedido a Pirro<sup>120</sup>. A raíz de todo esto, pensamos que el fracaso de Aníbal en Italia se produjo, fundamentalmente, por una “teoría de victoria mal concebida”<sup>121</sup>, fruto de una concepción helenística de la guerra, que le hizo pensar que a base de victorias decisivas sobre Roma, esta terminaría claudicando<sup>122</sup> y que fue resultado, de nuevo, de no atender a los conflictos anteriores, puesto que en los ejemplos bélicos de Roma en el siglo III a.C. de los que la clase dirigente de Cartago en este momento seguro era conocedora, la guerra contra Pirro y la Primera Guerra Púnica, se podía observar como Roma estaba abandonando el modo de hacer la guerra helenístico<sup>123</sup>, hacia lo que hoy se puede considerar como “total war” o guerra total.<sup>124</sup>

Dicho esto, empecemos a diseccionar los motivos de la ausencia de refuerzos de Aníbal, habiendo establecido que efectivamente la empresa italiana podía ser viable y de hecho estuvo al borde de triunfar, a pesar de la innegable superioridad numérica romana y aun con los problemas ya analizados. Para ello, debemos primero preguntarnos si era viable un transporte de tropas desde Cartago dada la ausencia de puertos importantes bajo control cartaginés en este escenario y la superioridad de la flota romana, algo que también intentaremos matizar, atendiendo para ello, al factor naval del conflicto, así como a otro frente imprescindible para su comprensión y en el que volveremos a ver reflejados los elementos de rivalidad interna mencionados hasta el momento, Sicilia. En primer lugar, la flota cartaginesa era relativamente potente y su crecimiento en el desarrollo de la guerra, puede ser rastreado gracias a las gráficas de estimaciones del trabajo de Rafael Rebolo, que muestran como en el comienzo de la guerra hay entre 110-120 naves y en su punto más álgido 200, aunque la superioridad naval la tiene en todo momento Roma que llega a flotar más de 250 naves<sup>125</sup> y, aunque, el mismo autor establezca que Cartago quedó limitado tras las pérdidas en la Primera

Guerra Púnica a conseguir la superioridad solo en ciertos sectores limitados del mediterráneo, siendo imposible un desembarco a gran escala en Italia<sup>126</sup>, algo que también vemos en otros autores<sup>127</sup>, lo cierto es, que, si analizamos las principales batallas navales del conflicto, vemos que la superioridad numérica no es tan abrumadora. Los casos más claros a este respecto son: la batalla de las bocas del Ebro (Cartago es ligeramente superior, 40 frente a 35)<sup>128</sup> o las de 208 a.C. (100 romanas frente a 83) y 207 a.C. (100 romanas contra 70) en aguas africanas<sup>129</sup>, incluso en algunos casos, la flota cartaginesa es superior en número a la romana como el caso del encuentro entre la flota de 130 naves de Bomílcar y las 100 naves de Marcelo que se encontraban bloqueando Siracusa<sup>130</sup> o el caso de la flota cartaginesa que consiguió una victoria menor al intentar romper el asedio de Utica por parte de Escipión<sup>131</sup>. En esta misma línea, hemos de decir que es cierto que se produjeron expediciones de saqueo por parte de flotas romanas en territorio cartaginés, tanto en Hispania<sup>132</sup>, como en el litoral africano, como veremos, sin que ninguna flota cartaginesa las intercepte, también es cierto que las 400 naves de transporte que usó Escipión para desembarcar en África solo iban escoltadas por 40 naves de guerra<sup>133</sup> y que en este caso, tampoco la flota cartaginesa interceptó este transporte, como tampoco impidió el abastecimiento de los *Castra Cornelia* en África, que pudieron ser avituallados por mar sin problemas mayores<sup>134</sup>, lo cual implicaría un dominio claro romano. Sin embargo, no es menos cierto que Cartago realizó expediciones de saqueo con éxito en el sur de Italia<sup>135</sup>, Sicilia<sup>136</sup> o Cerdeña<sup>137</sup> con su flota. Tampoco la flota de Roma interceptó el transporte de tropas desde Italia a África de Aníbal o de Magón, lo cual vuelve a poner en duda la cuestión de la superioridad romana. Todo esto no implica que Roma no contase con una superioridad naval importante en ciertas etapas de la guerra sobre todo en Hispania, ganada principalmente tras la batalla de las bocas del Ebro, tras la cual se realizaron una serie

126 Rebolo Gómez, 64.

127 Serge Lancel, *Cartago*, trad. María José Aubet (Barcelona: Crítica, 1994), 346; Huss, *Los cartagineses*, 198.

128 Alex Michael Elliott, «The Role of the Roman Navy in the Second Punic War», *Studia Historica. Historia Antigua*, n.º 36 (2018): 14.

129 Elliott, 25.

130 Elliott, 17-18.

131 Huss, *Los cartagineses*, 274.

132 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXII, 20, 3-12.

133 Huss, *Los cartagineses*, 271.

134 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, 516.

135 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXI, 51, 4-5.

136 Livio, cap. XXII, 56, 6-8.

137 Huss, *Los cartagineses*, 254.

120 Goldsworthy, 367-68.

121 Ruiz González, «Estrategia militar y política: temas teóricos y aplicación práctica», 40.

122 Quesada Sanz, «Aníbal, estratega carismático, y los ejércitos de Cartago», 261-62.

123 Biglino, «Rethinking the Factors That Determined Roman Victory in the Second Punic War», 13.

124 Biglino, 16.

125 Rafael Rebolo Gómez, «La armada cartaginesa», *Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa e Formentera = Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*, n.º 56 (2005): 54.

de campañas de saqueo sin respuesta<sup>138</sup>, evidenciando una superioridad naval en este escenario sin la cual tampoco se entendería la decisión de Escipión de disolver las fuerzas navales<sup>139</sup>, pero sí, remarca el hecho de que las flotas cartaginesas tanto en acciones de guerra como de transporte, tuvieron una actividad importante que viene a discutir esa imposibilidad de trasladar refuerzos por vía marítima a Italia.

Por otro lado, respecto a la importancia del escenario siciliano, Goldsworthy señala que: “una victoria cartaginesa en Sicilia hubiera alterado seguramente el curso de todo el conflicto”<sup>140</sup>, puesto que el grano de Sicilia había sido el elemento sustentador de las legiones romanas en Italia, por no hablar de su importancia como base marítima<sup>141</sup> para enviar un refuerzo constante a Aníbal en Italia, como bien señala el mismo autor, “suponiendo que Cartago tuviera la voluntad política de hacerlo”<sup>142</sup>.

A pesar de que Aníbal también dirigía las operaciones en Sicilia a través de terceras personas, primero Hipócrates y después Mitón<sup>143</sup>, el resultado fue un rotundo fracaso. Cartago desembarcó una fuerza bastante numerosa al mando del general Himilción en Heraclea Minoa, 25.000 infantes, 13.000 jinetes y 12 elefantes, consiguiendo ocupar el importante puerto de Agrigento. El objetivo principal y más acuciante era levantar el asedio de Siracusa para que sirviera como puerto de referencia en la guerra en Italia, sin embargo y a pesar de que el almirante Bomílcar consiguió entrar en el puerto de Siracusa pasando el bloqueo, las operaciones de Himilción resultaron ser un desastre. Primero, se entretuvo en conseguir el apoyo de ciudades menores de la isla, vacilando en su objetivo principal y retirándose tras la llegada del invierno a Agrigento dando tiempo a Marcelo a tomar un sector de la ciudad gracias a un golpe de mano y, posteriormente, cuando parecía que se había decidido a plantar batalla, acampó en un terreno pantanoso, sufriendo los efectos de una fuerte epidemia que desbarató su ejército y acabó con su vida. Esto, unido a la extraña maniobra del almirante Bomílcar, que no socorrió a Siracusa como era su primer objetivo, sino que rehuyó el combate desplazándose a Tarento, condenaron las posibilidades de levantar el asedio de la ciudad clave en la isla. Tras el fracaso de la liberación de Siracusa, el objetivo se basaba en conservar al

menos Agrigento y el mayor número de poblaciones posible en la isla para evitar que los romanos pudieran embarcar tropas hacia África. El error terminó de ser fatal cuando la llegada de un nuevo ejército de refuerzo al mando de Muttines, compuesto por 8.000 infantes y 3.000 nómadas levantó las envidias y recelos internos entre mandos cartagineses que ya vimos en la península ibérica y cuando Hannon, el general que había sustituido a Himilción tras su muerte, destituyó a Muttines, los hombres de este último no aceptaron la decisión, y se pasaron junto con su comandante al bando enemigo, abriéndole las puertas de Agrigento a los romanos, tras lo cual, 40 ciudades aliadas de Carago en la zona se pasaron a bando romano<sup>144</sup>.

Dicho esto, y a pesar de que no se pudo conservar las determinantes bases en Sicilia y reconociendo efectivamente la importancia que las bases navales jugaban para el abastecimientos de unas naves de guerra que, por su composición física, no podían cargar grandes cantidades de provisiones<sup>145</sup>, es necesario matizar el hecho de que Cartago no contase con puertos amigos, algo que no es del todo cierto si atendemos, por ejemplo, a la situación coyuntural de la isla de Cerdeña, donde algunas comunidades también se pasaron a bando cartaginés y cuyos puertos sirvieron en algunas ocasiones de punto de escala, además, también se contaba en el sur de Italia con dos puertos de relevancia, Locri y Crotona, que aunque con dificultades por la barrera que suponía el control romano de Sicilia<sup>146</sup>, si consiguieron desembarcar y embarcar tropas cartaginesas, como veremos. Esto no implicaba que su traslado no fuera arriesgado, de hecho, encontramos algunos ejemplos de flotas cartaginesas interceptadas que hay que tener en cuenta<sup>147</sup>, pero, también encontramos ejemplos de flotas romanas interceptadas por naves cartaginesas<sup>148</sup>, lo que vuelve a discutir la idea de la amplia superioridad romana en el mar, como también el hecho de que Livio, a propósito de las dificultades que para Marcelo representó el asedio de Siracusa, afirme que “desde Cartago la abastecían de provisiones casi con entera libertad”<sup>149</sup>, y es que, en este sentido, la superioridad naval romana

138 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXII, 20, 3-12.

139 Polibio, *Historias*, 1981, cap. X, 35, 4-5.

140 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 453.

141 Elliott, «The Role of the Roman Navy in the Second Punic War», 16.

142 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 454.

143 Barceló, «Aníbal y la helenización de la guerra en Occidente», 173.

144 Un resumen de estas operaciones en: Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 441-53.

145 Elliott, «The Role of the Roman Navy in the Second Punic War», 9.

146 Elliott, 21.

147 Algunos ejemplos en: Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXI, 49, 3; Livio, cap. XXIII, 41, 8-9; Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXX, 19, 5.

148 Algunos ejemplos en: Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXII, 11, 6; Polibio, *Historias*, 1981, cap. XV, 1, 1.

149 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXV, 23, 3.

no iba acompañada a veces de la operatividad esperada de sus mandos, como el caso de Tito Octalicio<sup>150</sup>, aunque también encontramos ejemplos de supuestos envíos de avituallamiento en pequeña escala a Aníbal que fueron interceptados, las 80 naves de transporte interceptadas en la zona de Cerdeña, que transportaban “trigo y víveres para Aníbal” según Livio<sup>151</sup> y las 100 naves de transporte con “trigo, soldados y dinero”, tras la derrota en Metauro, según Apiano<sup>152</sup> y a lo que habría que añadir las naves enviadas por Magón Barca, aunque no es seguro que el destinatario fuese Aníbal<sup>153</sup>. Por otro lado, los refuerzos que logró desembarcar con éxito Bomílcar en Italia casi fueron interceptados<sup>154</sup>. Sin negar estas dificultades, el transporte de tropas por parte de Cartago no era en absoluto imposible, pues tenemos constancia de que las flotas cartaginesas atravesaron en varias ocasiones el Mediterráneo<sup>155</sup> y como vemos, sí que se realizan varios desembarcos y embarcos de tropas exitosos en suelo italiano. Los ejemplos de estos movimientos, que han sido aceptados por especialistas modernos como Goldsworthy son, en primer lugar, el desembarco de los únicos refuerzos a Aníbal escoltados por Bomílcar que desembarcaron en Locri en 215 a.C.<sup>156</sup>, el desembarco de Asdrúbal el Calvo en Cerdeña<sup>157</sup>, el desembarco de Magón Barca en 205 a.C. en la zona de la actual Génova y un nuevo desembarco de un ejército posterior de refuerzo en la misma zona poco después, y que sería posteriormente rembarcado para defender África<sup>158</sup> o el traslado de gran parte del ejército de Aníbal desde Italia en el año 203 a.C.<sup>159</sup>, a lo que habría que añadir el traslado de refuerzos del ejército de Aníbal hacia Sicilia<sup>160</sup>, lo que implica que sí que era posible el traslado de tropas entre estos territorios, a pesar de que el enclave que dominaba la zona de paso entre ambos territorios se había mantenido fiel a Roma. Por tanto y visto hasta cinco ejemplos de movimientos de tropas entre África e Italia con éxito, creemos que se puede desechar la idea de que Aníbal no recibió más refuerzos porque su

transporte resultaba inviable, sin negar que resultaba arriesgado, pero como todo en una guerra a gran escala como ésta. Los motivos por los que no se hizo un mayor esfuerzo por reforzar en el momento clave de la guerra a las tropas de Aníbal desde África, es decir, a partir de la defección de Capua tras Cannas en 216 a.C. hasta la caída de esta en manos romanas en 211 a.C., tuvieron que ser otros. Una posibilidad que planteamos en este trabajo es que la casusa fuera el resultado de la política interior de Cartago, pues un sector importante de la aristocracia cartaginesa veía con gran preocupación el monopolio de las magistraturas militares del estado por parte de la familia Barca, llegando a “dificultar e impedir” la llegada de refuerzos a Aníbal<sup>161</sup>. Antes de desarrollar más esta cuestión, consideremos la veracidad de estos envíos de tropas a Aníbal por mar y algunos refuerzos que podrían considerarse también hacia Aníbal por vía terrestre.

En primer lugar, respecto a los refuerzos marítimos, la veracidad de los únicos refuerzos que llegaron a Aníbal en 215 a.C., 4000 jinetes nómadas y 40 elefantes<sup>162</sup>, ha sido puesta en duda por prestigiosos historiadores como Quesada Sanz<sup>163</sup>, además, Apiano, si bien recoge la discusión sobre el envío de estos refuerzos en el senado cartaginés de forma muy similar a la que recoge Livio, aun con variaciones, situando este episodio antes de Cannas a diferencia de Livio, que la sitúa después de esta batalla, lo que podría ser indicador de dos episodios distintos, aunque la similitud de los argumentos de uno y otro bando en el debate hace pensar que se trate de la misma, Apiano dice todo lo contrario respecto a su aprobación: “Los cartagineses convencidos por estos no le enviaron ni el ejército, ni el dinero. Y Aníbal, conolido por esta actitud, escribió a su hermano Asdrúbal en Iberia, solicitándole que invadiera Italia”<sup>164</sup>, lo cierto es que como bien especifica Livio, estas medidas de refuerzo, “fueron puestas en práctica de forma remisa y despreocupada, como suele ocurrir cuando las cosas marchan bien”<sup>165</sup>. Sobre esta cuestión Polibio también nos informa del envío de una comitiva antes de Cannas por parte de Aníbal para dar a conocer sus éxitos en Cartago, con resultados favorables: “los cartagineses exultaron de alegría, y pusieron todo su interés y providencia en ayudar, de todos los modos posibles, a las acciones de

150 Livio, cap. XXIV, 8, 14-16.

151 Livio, cap. XXVIII, 46, 14.

152 Apiano, *Historia romana*. Vol. 1, trad. Antonio Sancho Royo (Madrid: Gredos, 1980), cap. La guerra de Aníbal, 54.

153 Adolfo J. Domínguez Monedero, «Los otros Barca: los familiares de Aníbal», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 197.

154 Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXI-XXV, cap. XXIII, 41, 10-12.

155 Quesada Sanz, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano», 200-201.

156 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 404.

157 A pesar de que fue derrotado cerca de las Baleares, consiguió desembarcar con éxito. Huss, *Los cartagineses*, 231-32.

158 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 413.

159 Goldsworthy, 414.

160 Goldsworthy, 451; Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXVI-XXX, 486.

161 Quesada Sanz, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano», 185.

162 Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXI-XXV, cap. XXIII, 13, 7.

163 Fernando Quesada Sanz, «En torno a las instituciones militares cartaginesas», *Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa e Formentera = Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*, n.º 64 (2009): 159.

164 Apiano, *Historia romana*. Vol. 1, cap. La guerra de Aníbal, 16.

165 Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXI-XXV, cap. XIII, 14, 1.

Italia y España”<sup>166</sup>. Sin embargo, uniendo la “forma remisa” de Livio, las declaraciones de Apiano y la falta de precisión de Polibio, que no informa de ninguna medida concreta, creemos identificar un reflejo claro del entorpecimiento de los hannonidas detrás. Además, la composición de los refuerzos de Livio resulta sospechosa, se trata precisamente de las unidades que más miedo inspiraban a los romanos y por tanto las más mitificadas, los númeridas y los elefantes, por no hablar de que, si ya resultaba difícil desde el punto de vista logístico cruzar un río con elefantes<sup>167</sup>, es prácticamente imposible que se transportaran por mar. Lo mismo que ocurría con los caballos, muy difíciles de transportar por mar<sup>168</sup>, por lo que habría que poner en duda también las cantidades del resto de refuerzos de caballería y de elefantes durante toda la guerra en los dos bandos, quizás, solo se transportaran jinetes a los que se les proveería de caballos en el lugar de llegada, es algo en lo que no entraremos aquí.

Por otro lado, si bien es cierto que en Apiano no aparece referido el episodio del desembarco de refuerzos de Bomílcar, en su relato de las operaciones tras Cannas, Aníbal cuenta con elefantes<sup>169</sup>, por lo que Apiano debe referirse a estos elefantes de refuerzo ya que los que cruzaron los Alpes estaban todos muertos a la altura de Cannas. En cualquier caso, y aun considerándolos ciertos como hacen otros especialistas, hay que decir que se trata de: “débiles refuerzos, aunque trajeran consigo ciertas cantidades de dinero para pagar mercenarios”<sup>170</sup>, lo mismo ocurre con las 80 naves de transporte interceptadas de Livio y las 100 de Apiano, en total 180 naves de transporte, en el caso de ser pasajes verídicos, su tamaño es muy reducido si las compramos con las 700 naves de transporte con avituallamiento que escoltaba Bomílcar hacia Siracusa para dificultar el asedio romano.

Por otro lado, no podemos decir que no se enviaran refuerzos a los Barca en otros escenarios como Hispania<sup>171</sup>, aunque en algunos casos<sup>172</sup>, después de “protestar de forma insistente y durante largo tiempo”. También se enviaron a Sicilia, o a Magón en Italia. Sin embargo, consideramos que el refuerzo a estos escenarios, eran resultado de las necesidades

coyunturales de la guerra. El caso de Hispania, es claro, puesto que su mantenimiento resultaba fundamental para el esfuerzo bélico. En el caso de Sicilia, no pensamos que puedan considerarse como una intención de reforzar a Aníbal por el hecho de que este escenario dependiera de él, simplemente respondían a la necesidad de proteger al nuevo aliado en la isla, Siracusa, como bien indica la presencia de la “ayuda de los embajadores de Hipócrates”<sup>173</sup>, en la comitiva que solicitó la movilización de esas tropas. No es de extrañar, que la idea de recuperar Sicilia resultaría muy atractiva para Cartago, la mención de la carta de Aníbal precisamente recalca esta idea. Por otro lado, hay tres supuestas intenciones de reforzar a Aníbal, dos de las cuales no se llevan a término por el resultado de las operaciones, la primera, una orden desde Cartago a Asdrúbal Barca para que marchase hacia Italia<sup>174</sup>, cuyo intento termina fracasando al ser derrotado en Ibera. El segundo, sería la supuesta intención de enviar a Italia un ejército al mando de Magón, que finalmente tuvo que ser trasladado a Hispania como refuerzo, precisamente como consecuencia de la derrota cartaginesa en este escenario<sup>175</sup>. El tercero, es la supuesta orden que Magón recibió del senado para que desembarcase en Génova una vez perdido el escenario hispano, con el supuesto objetivo, según algunos autores de “ceder a Aníbal las tropas mandadas por él”<sup>176</sup>. Mientras que a nuestro juicio, el primer caso podría ser real, hemos de tener en cuenta también que el segundo intento de Asdrúbal de cruzar a Italia, que efectivamente se consiguió, fue una decisión propia y no una orden de Cartago<sup>177</sup> o en cualquier caso una orden de su hermano Aníbal<sup>178</sup>. Además, tras el fracaso de Ibera, hubo otras oportunidades de realizar esta expedición, como tras la derrota y muerte de los Escipiones que no se aprovecharon por los motivos ya expuestos. El segundo caso, sí que parece más sospechoso, puesto que, además de enviar a Magón a Hispania, se envió a otro Asdrúbal, con una cantidad similar de hombres a Cerdeña, al haberse recibido noticia de una posibilidad de recuperarla por el malestar que el gobierno romano había generado en la población local<sup>179</sup>. Es decir, se prefiere enviar una expedición de futuro muy incierto a recuperar Cerdeña, antes que reforzar a Aníbal en Italia, aunque también pudo jugar en ello las ansias de Cartago de recuperar su anterior territorio y resarcirse de la humillación

166 Polibio, *Historias*, 1981, cap. III, 87, 4-5.

167 Polibio, cap. III, 42, 11.

168 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 488.

169 Un ejemplo en: Apiano, *Historia romana*. Vol. 1, cap. La guerra de Aníbal, 41.

170 Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXVI-XXX, 478.

171 Algunos ejemplos en: Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXI-XXV, cap. XXI, 22, 2-4; Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXVI-XXX, cap. XXVII, 19, 9; Livio, cap. XXVIII, 1, 4.

172 Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXI-XXV, cap. XXIII, 26, 2.

173 Livio, cap. XIV, 35, 4.

174 Livio, cap. XXIII, 27, 9.

175 Livio, cap. XXIII, 32, 5.

176 Huss, *Los cartagineses*, 267.

177 Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXVI-XXX, cap. XXVII, 20, 6.

178 Apiano, *Historia romana*. Vol. 1, cap. Ib, 28.

179 Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXI-XXV, cap. XXIII, 35, 5-12.

de esta pérdida. Por otro lado, la partida de Magón a Italia no es por orden del senado según Apiano, que no hace mención alguna a esta orden situándolo como lo que parece ser, una iniciativa propia<sup>180</sup>. En cualquier caso, esta decisión respondía a un intento de reforzar el escenario italiano más que al propio Aníbal, puesto que era resultado de la necesidad, una vez perdida Hispania, de ejercer la máxima presión posible sobre Italia para desviar la guerra de África, pues a la altura de este movimiento, en el 206 a.C. el frente italiano estaba prácticamente condenado. El momento para haber reforzado a Aníbal había sido entre 216 a.C. y 211 a.C., como muy tarde prolongable hasta 208 a.C., cualquier intento de refuerzo posterior a la derrota de Ilipa, lo que incluiría las 100 naves de Apiano (205 a.C. según Huss<sup>181</sup>), deben ser consideradas como un intento de mantener el frente italiano como medio de defensa de África y usar la retirada de este escenario como moneda de cambio en las negociaciones de paz, como se incluía en todas las negociaciones previas a la retirada de Aníbal y de Magón<sup>182</sup>, no siendo por tanto una intención de refuerzo a Aníbal. En cualquier caso, teniendo en cuenta todo esto, no pensamos que estas escasas iniciativas de refuerzo directas por parte de Cartago sean acciones que inviten a pensar que la colaboración de Cartago con Aníbal en Italia fuese completa, como han sugerido otros autores<sup>183</sup>.

Respecto al escenario africano: “El plan de los romanos consistía en navegar hacia África y desplazar la guerra allí, así a los cartagineses les peligraría no solo Sicilia, sino también sus vidas y su propio país. Los cartagineses habían decidido lo contrario porque habían comprobado que África era muy susceptible de ser atacada y que toda la población de sus territorios se convierte en manejable una vez estos han sido invadidos”<sup>184</sup>.

Este pasaje de Polibio en su narración de la Primera Guerra Púnica puede aplicarse palabra por palabra al segundo conflicto púnico, por ello sorprende tanto que Cartago cometiera los mismos errores estratégicos en dos guerras tan próximas, la falta, aunque no ausencia, de protección del territorio africano, que sabían, estaba siempre amenazado por continuas revueltas de poblaciones libias y nómadas deseosas de liberarse del control cartaginés y susceptibles de engrosar las filas de una expedición romana, algo que los romanos sabían desde el principio y que se identifica en los

discursos de Escipión que relata Livio<sup>185</sup>, atendiendo al ejemplo de lo que había ocurrido en el año 256 a.C. con la incursión de los cónsules Atilio Régulo y Lucio Manlio, aunque este último y su ejército fueron retirados en el 255 a.C., quedando solamente Régulo con un ejército de unos 15.000 hombres, quizás, obligados por problemas de intendencia<sup>186</sup>, quedando solo un contingente insuficiente para tomar Cartago, una decisión del Senado que ha suscitado una enorme polémica y que consideramos que obedecería a un exceso de confianza<sup>187</sup>, producido quizás, precisamente por la gran colaboración de estas poblaciones libias que se entregaron en masa sin resistencia y que ascendían a 200 según Apiano<sup>188</sup>, aunque actualmente, se estima, pudieron ser entre 74 y 82 ciudades<sup>189</sup>. Lo mismo sucedió en la Guerra de los Mercenarios, la población libia apoya la sublevación por la alta carga impositiva a la que están sujetos, de esta forma, el componente libio de esta revuelta ha sido subrayado como más importante que la situación coyuntural de los mercenarios<sup>190</sup>. De hecho, el riesgo a esta insubordinación libia ha sido señalado como un factor que hacía muy arriesgada la política de expansión por África tras la Primera Guerra Púnica<sup>191</sup>. Lo cierto es que la condición de estos libios era bastante precaria. Lejos de ser integrados en Cartago, algo que solo hicieron y parcialmente con las élites libias, los cartagineses aprovecharon su concepción de la propiedad, que implicaba obligaciones como el trabajo comunitario, convirtiendo este sistema en un régimen de servidumbre que fue transformándose en esclavismo<sup>192</sup>. Esto, unido a la presencia directa de esclavos rurales<sup>193</sup>, junto a un régimen de fiscalidad que implicaba el pago de un diezmo de las cosechas a Cartago, algo que podía ser aumentado en tiempos de

180 Apiano, *Historia romana*. Vol. 1, cap. Ib, 37.

181 Huss, *Los cartagineses*, 267-69.

182 Un ejemplo en: Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXVI-XXX, cap. XXX, 3, 5.

183 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 187-88.

184 Polibio, *Historias*, 1981, cap. I, 26, 1-2.

185 Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Libros XXVI-XXX, cap. XVIII, 43, 17.

186 José Manuel Roldán Hervás, *Historia de Roma* (Universidad de Salamanca, 1995), 115.

187 Jaime Gómez de Caso Zuriaga, «La actitud líbica ante la invasión romana de M. Atilio Régulo (256-255 a.C.)», *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, n.º 30 (2018): 12.

188 Apiano, *Historia romana*. Vol. 1, cap. Af, 3.

189 Gómez de Caso Zuriaga, «La actitud líbica ante la invasión romana de M. Atilio Régulo (256-255 a.C.)», 12-13.

190 Luis A. García Moreno, «La explotación del agro africano por Cartago y la guerra líbica», *Memorias de historia antigua*, n.º 2 (1978): 73.

191 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 51.

192 Fernando Prados Martínez, «Sobre el paisaje agrario en el territorio de Cartago: Arquitectura militar y funeraria como herramienta de control y coerción social», en *Los paisajes rurales de la romanización: arquitectura y explotación del territorio*, ed. Victorino Mayoral Herrera y Sebastián Celestino Pérez (Madrid: La Ergástula, 2010), 48.

193 Carmen Ana Pardo Barrionuevo, *Economía y sociedad rural fenicia en el Mediterráneo Occidental* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015), 249.

guerra llegando al 50%<sup>194</sup>, provocaba una “inevitable inestabilidad social” de la mano de obra que trabaja en las fincas agrarias<sup>195</sup>, una situación que siempre había provocado problemas de levantamientos, como la importante rebelión del 396 a.C., tras los descalabros de Himilcón en Siracusa, una rebelión de gran magnitud, según Diodoro 200.000 hombres, aunque esta cifra parece muy exagerada<sup>196</sup>. Encontramos casos posteriores de sublevaciones en 379, 367 y 310 a.C.<sup>197</sup>, a pesar de los intentos de control por parte de Cartago a través de la construcción de pequeñas fortalezas interiores y costeras, así como complejos funerarios vinculados al control de la propiedad y el control religioso de estas gentes<sup>198</sup>, que, sin embargo, solo consiguió un éxito parcial, sin solucionar un problema enquistado que incluso se mantendría durante la dominación romana, en un proceso de insumisión que ha sido calificado como “resistencia africana”<sup>199</sup>.

Por tanto, era un hecho que la invasión de África por un ejército extranjero sería apoyada por la defección de muchas de las poblaciones, ya había sido demostrado en episodios traumáticos anteriores, como la expedición de Agatocles de Siracusa, que también se conocía en la Segunda Guerra Púnica si seguimos a Livio<sup>200</sup>. Agatocles, cruzó a África con un ejército pequeño, protagonizando el famoso episodio de la quema de las naves y venciendo a unos cartagineses superiores en número<sup>201</sup>. También en este caso se usó la efectiva táctica de pactar con las poblaciones libias hartas del dominio cartaginés, consiguiendo el apoyo de muchas ciudades, bien por el miedo a los siracusanos, o por “odio” a los cartagineses, consiguiendo así el engrosamiento de su ejército por tropas libias, llegando a pactar con jefes locales como Elimas<sup>202</sup> (aunque este terminaría traicionándolo) consiguiendo importantes victorias en suelo africano que revirtieron momentáneamente el curso de la guerra<sup>203</sup>. El caso de Elimas, puede servir quizás para identificar a esas élites locales libias que eran atraídas hacia Cartago por parte de la aristocracia cartaginesa

con vinculaciones de tipo personal, bastante visibles en la época que nos ocupa<sup>204</sup>, y que podemos identificar como uno de los mecanismos de Cartago para intentar evitar estas sublevaciones. A pesar de estas medidas, la lealtad de estas poblaciones dependía solo del curso de la guerra en favor de uno u otro bando, como fue el caso de Elimas, siendo fundamental obtener victorias para preservar esos apoyos libios. Profundizando en esta cuestión, hasta el propio Pirro tuvo intenciones de invadir África<sup>205</sup> y, aunque finalmente por su situación concreta no ejecutó la empresa, sí que implica que era sabida la vulnerabilidad del dominio africano de Cartago.

En este sentido, a pesar de que Aníbal realizó una serie de movimientos de tropas para reforzar las guarniciones de la costa africana, 13.850 infantes y 1.200 jinetes hispanos, trasladando a su vez a la península 12.650 libios y 1.800 jinetes nómadas, guarneciendo también Cartago con 4.000 mauritanos<sup>206</sup>, estos refuerzos, se ubicaron sobre todo en la región de Metagonia<sup>207</sup>, parece que la actual Ceuta<sup>208</sup> y pudieron responder más bien a una necesidad de garantizar el control de las comunidades de ambas partes del estrecho por desconfianza hacia su supuesta fidelidad<sup>209</sup>. En cualquier caso, resultaban insuficientes para cubrir una extensión tan amplia, algo que se demostró durante este conflicto, con los éxitos de incursiones de saqueo romanas en la costa africana<sup>210</sup> anteriores al desembarco de Escipión, aunque algunas, sin buena organización, sí que fueron repelidas<sup>211</sup>. Cartago a sabiendas de lo que ocurriría no tomó lecciones de los conflictos pasados y confió demasiado en saber medrar en el conflicto civil nómada y atraerse a los distintos candidatos a su causa, un verdadero riesgo sabiendo que existía una guerra civil en la que Roma podía intervenir apoyando a otro candidato, como acabó sucediendo. Y es que el problema con los Nómadas venía de largo, su lealtad a Cartago dependía como con los libios de la mayor o menor fortuna de un ejército invasor, como vemos en el doble papel que juegan en la guerra de los mercenarios<sup>212</sup>.

194 Pardo Barrionuevo, 257.

195 Lancel, *Cartago*, 258.

196 Lancel, 253.

197 García Moreno, «La explotación del agro africano por Cartago y la guerra púnica», 76.

198 Un sistema que siguió usando Roma y que ha sido muy bien estudiado por Fernando Prados. Prados Martínez, «Sobre el paisaje agrario en el territorio de Cartago», 38.

199 Prados Martínez, 54.

200 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXVIII, 43, 21.

201 Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica: Libros XV-XVII*, trad. Juan José Torres Esbarranch y Juan Manuel Guzmán Hermida (Madrid: Gredos, 2012), cap. XVII, 23, 2.

202 Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica: Libros XVIII-XX*, trad. Juan Pablo Sánchez (Madrid: Gredos, 2014), cap. XX, 17, 1-2.

203 Sicilia, cap. XX, 13, 3.

204 Huss, *Los cartagineses*, 33.

205 Huss, 144-45.

206 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 112.

207 Polibio, *Historias*, 1981, cap. III, 33, 12-13.

208 Nota al pie número 74. Polibio, 310.

209 Álvarez Martí-Aguilar, «Los fenicios en la península ibérica frente a Cartago y a Roma», 782.

210 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXV, 31, 12-15; Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXVII, 5, 8-13; Livio, cap. XXVII, 29, 7-8; Livio, cap. XXVIII, 4, 5; Livio, cap. XXIX, 18, 8.

211 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXII, 31, 2-4.

212 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 45.

En el Norte de África, además de cartagineses y libios, había tres “confederaciones étnicas”<sup>213</sup> que desempeñaron un papel importante en la Segunda Guerra Púnica, por un lado los númidas massyles en la zona de Argelia Oriental, acaudillados por Gaia y su hijo Massinisa y por otro lado los númidas massaesyles en la Argelia Occidental, gobernados por Sifax. Por último, los mauros, que ocupaban la zona del actual Marruecos, con Baga como líder, aunque este último grupo no participó directamente, sus gentes sirvieron en el ejército cartaginés activamente<sup>214</sup>. Todos ellos tenían una organización política que ha sido identificada como similar a los reinos helenísticos<sup>215</sup>, sin embargo, el trono no era hereditario y la manera de conseguirlo era a través de guerras civiles en las que jugaba un papel importante el alinearse con una potencia exterior mayor, como fueron Roma o Cartago<sup>216</sup>, de ahí el hecho de que la aristocracia cartaginesa estuviera unida por matrimonio con la númida, pero aun así, eran obligados a aportar soldados y tributos al igual que los libios<sup>217</sup>. Su descontento era de igual modo palpable, encontramos ya conatos de rebelión en momentos muy cercanos a la guerra, como su rebelión durante el proceso de conquista de la península por Amílcar, que su yerno se encargó de sofocar exitosamente<sup>218</sup> y posteriormente, el caso de Asdrúbal Barca, que tuvo que acudir a sofocar una rebelión de Sifax en África en un momento fundamental de la guerra en Hispania en el que Cartago se vio obligado a destinar efectivos para este nuevo frente durante varios años, facilitando la consolidación de la presencia romana en Hispania<sup>219</sup>. Finalmente, Sifax apoyará a Cartago frente a Massinisa lo que nos da una idea de la volatilidad de estas lealtades, algo que también podemos identificar del hecho de que Escipión pensara hasta el último momento en la posibilidad de que Sifax cambiara de bando y volviera a la casusa romana<sup>220</sup>. En esta misma línea Apiano nos informa de la desconfianza existente entre Asdrúbal, hijo de Giscón y Sifax y la indecisión de este último a implicarse completamente en la guerra<sup>221</sup>.

Por otro lado, encontramos ejemplos claros de colaboración de un número importante de poblaciones

africanas con la causa romana<sup>222</sup>, algo de lo que nos informa Polibio que especifica que “todo el país era propenso a un cambio, pues las calamidades eran continuas y, además, se les exigía mucho dinero”<sup>223</sup>, situación que se mantuvo hasta el final de la guerra, donde seguían entregándose voluntariamente ciudades<sup>224</sup>. Ciertamente, Escipión, tras vencer en la batalla de las Grandes Llanuras, apenas encontró resistencia por parte de las ciudades del valle de Bagradas, lo mismo que Lelio y Massinisa con gran cantidad de ciudades, supuestamente leales a Sifax<sup>225</sup>, incluso una de las ciudades más cercanas a Cartago, Túnez, fue abandonada por su guarnición<sup>226</sup>. De igual manera, tras la victoria en Zama se le entregaron algunas ciudades<sup>227</sup>. Una mayor resistencia en estas zonas, hubiera provocado la división de las fuerzas romanas y un mayor tiempo a Cartago para reorganizarse, aunque la colaboración con el invasor romano no fue en este caso tan grande como en los ejemplos de guerras anteriores, puesto que el número de estas ciudades no debió de ser tan elevado cuando el suministro de las tropas de Escipión seguía dependiendo de los transportes por mar desde Sicilia y Cerdeña<sup>228</sup>.

En conclusión, resultaba muy difícil ganar una guerra contra cualquier estado con capacidad para desembarcar tropas en África, teniendo a unos enemigos potenciales tan grandes a las puertas de Cartago, constituyendo condicionantes claves para comprender el fracaso de la última fase de la guerra. Desde Cartago, no se supo revertir la situación de estos focos de tensión, manteniéndolos en el tiempo<sup>229</sup>, sin conseguir una solución, bien de integración de estos pueblos o bien mediante un control efectivo de los mismos por vía militar. Se prefirió una solución cortoplacista, mantener unas relaciones de subyugación relativas muy susceptibles al cambio, a sabiendas de que supondrían un obstáculo fundamental para una expansión por el Mediterráneo que llevase a Cartago a guerras con estados grandes, como inevitablemente debía suceder. Hasta Siracusa, un estado con una inestabilidad interna brutal y una capacidad de sostener una escalada bélica más reducida que Cartago, le planteó serias dificultades en la expedición de Agatocles<sup>230</sup>. En definitiva, el sistema de confederación de alianzas romano resultó ser mucho

213 Enrique Gozalbes Cravioto, «Los reyes africanos (númidas y moros)», *Anuari de Filologia. Antiqua et Mediaevalia*, n.º 8 (2018): 354.

214 Gozalbes Cravioto, 355.

215 Gozalbes Cravioto, 355.

216 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 494-95.

217 También pagaban con un 10% de sus cosechas, junto con otros tributos agrícolas. Pardo Barrionuevo, *Economía y sociedad rural fenicia en el Mediterráneo Occidental*, 257.

218 Bendala Galán, «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, 36.

219 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, 500.

220 Polibio, *Historias*, 1981, cap. XIV, 1, 4.

221 Apiano, *Historia romana. Vol. 1*, cap. Afr, 14.

222 Un ejemplo en: Apiano, cap. Afr, 14.

223 Polibio, *Historias*, 1981, cap. XIV, 9, 4-5; Más ejemplos en: Polibio, cap. XIV, 10, 2.

224 Polibio, *Historias*, 1981, cap. XV, 4, 2.

225 Huss, *Los cartagineses*, 274.

226 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 504.

227 Apiano, *Historia romana. Vol. 1*, cap. Afr, 48.

228 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 507.

229 Caso de Útica, momentos antes de la Tercera Guerra Púnica Apiano, *Historia romana. Vol. 1*, cap. Afr, 75.

230 Polibio, *Historias*, 1981, cap. XII, 15, 5-7.

más sólido que el cartaginés en África<sup>231</sup>. Tampoco jugó un papel menor el aprendizaje de Roma de sus conflictos anteriores, por ejemplo, Escipión consiguió solventar con innovaciones tácticas el problema de los elefantes de Cartago en la decisiva batalla de Zama, que precisamente habían jugado un papel decisivo en la derrota de Régulo del 255 a.C.<sup>232</sup>

### 3. Política interior, la lucha por el poder político en tiempos de guerra

La guerra en el mundo Antiguo estaba muy vinculada a la política interior<sup>233</sup> y para entender este aspecto del conflicto, se intentarían abordar las rivalidades internas entre las facciones políticas dentro de cada estado y la fuerza o debilidad de cada estado central<sup>234</sup>. Tanto en Cartago como en Roma, los distintos grupos políticos tendrán enfrentamientos graves sobre como conducir la guerra e intentarían colocar a sus partidarios en las magistraturas, al tiempo que se producía una manipulación política constante para acceder a las mismas, en algunos casos, como el de la dictadura de Fabio Máximo y la carrera político-militar de Escipión, con un componente religioso determinante<sup>235</sup>.

La lucha por las magistraturas siempre fue una constante tanto en Roma como en Cartago, en esta última, las rivalidades internas venían sucediéndose desde el siglo VI a.C. y fueron intensificándose progresivamente propiciando incluso cambios en las propias instituciones, que fueron siendo adaptadas para la búsqueda de un equilibrio entre los miembros de la aristocracia dirigente, como la división del poder militar en dos o tres mandos<sup>236</sup> y su control por parte del consejo de los 104, a quienes debían rendir cuentas una vez terminado el mandato<sup>237</sup>, sin embargo, este órgano se encontraba controlado por las *pentarquías*, formadas por 5 miembros elegidos entre los magistrados que elegían a los integrantes de los 104, siendo así,

una institución “completamente pervertida”<sup>238</sup>. Por consiguiente, aumentaron las luchas por el poder, afectando sensiblemente a la eficacia del poder militar cartaginés, ejemplos de ello son las envidias y luchas internas que despertaron en la aristocracia cartaginesa los éxitos de Jantipo por lo cual tuvo que marcharse<sup>239</sup>, perdiendo así a su mejor general del momento, o el caso paradigmático durante la ya mencionada invasión de Agatocles, donde se produjo la muerte de uno de los generales cartagineses, Hannon y el fracaso de su ejército por no querer apoyarse en el ejército de su semejante Bomílcar, buscando una victoria personal, mientras que este Bomílcar se dejó vencer premeditadamente para lograr una prolongación en el mando, con el objetivo de dar un golpe de estado<sup>240</sup>.

En este sentido, hemos de saber que los juicios a estos generales eran muy graves, motivados en muchas ocasiones por envidias y acusaciones falsas<sup>241</sup>, hasta tal punto que, en las penas, estaba contemplada la pena de muerte como castigo por un fracaso militar<sup>242</sup>, así como otro tipo de penas como el destierro, no solo del general sino también de los supervivientes de una derrota<sup>243</sup>, la sustitución del mando, con la consiguiente pérdida de prestigio o ser condenado a pagar una gran multa, algo más común en el mundo romano<sup>244</sup>. Esta actitud dura hacia los generales no era algo inusual en el mundo mediterráneo del momento. El caso de Atenas es muy similar porque también encontramos casos de juicios a generales con penas de muerte, por tanto, no debe resultar tan extraña esta actitud<sup>245</sup>. Sin embargo, pensamos que estas imposiciones de penas pudieron condicionar actitudes decisivas en la guerra como la indecisión del almirante Bomílcar en el episodio del intento de romper el asedio de Siracusa o la falta de agresividad de generales como Himilción en este mismo escenario, aunque en el primer caso, se han planteado otras teorías, como el miedo a una derrota que implicase la pérdida de la capacidad de defender

231 Gómez de Caso Zuriaga, «La actitud líbica ante la invasión romana de M. Atilio Régulo (256-255 a.C.)», 22.

232 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 522.

233 José Carlos Bermejo Bermejo Barrera, «Pensando la guerra: algunas lecciones de la historia clásica», *Gallaecia: revista de arqueología e antigüidade*, n.º 23 (2004): 292-93.

234 Ruiz González, «Estrategia militar y política: temas teóricos y aplicación práctica», 31.

235 Caso claro en Fabio Máximo, elegido dictador por su supuesto parentesco con Hercúles, precisamente para contrarrestar la campaña propagandista de Aníbal ya mencionada, para todo ello véase: Díaz Sánchez, «Las influencias religiosas en las decisiones del poder durante la Segunda Guerra Púnica», 389.

236 Caso ocurrido durante la expedición de Régulo, se obliga a acudir a Amílcar, como le sucederá a Aníbal, véase: Polibio, *Historias*, 1981, cap. I, 30, 1-2.

237 Víctor Martínez Hahn Müller, «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.», *Gerión* 34, n.º 34 (2016): 141.

238 Prados Martínez, «Apuntes sobre democracia, igualitarismo y tolerancia en Cartago a través de las fuentes arqueológicas y textuales (siglos IV-III A.C.)», 249-50.

239 Polibio, *Historias*, 1981, cap. I, 36, 2-3.

240 Martínez Hahn Müller, «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.», 129.

241 Quesada Sanz, «En torno a las instituciones militares cartaginesas», 155.

242 Se recoge un caso en la Primera Guerra Púnica Polibio, *Historias*, 1981, cap. I, 24, 6-7.

243 Quesada Sanz, «En torno a las instituciones militares cartaginesas», 155.

244 Uno de tantos casos en: Polibio, *Historias*, 1981, cap. I, 52, 2-3.

245 Quesada Sanz, «En torno a las instituciones militares cartaginesas», 156-57.

Cartago por mar<sup>246</sup>. En este sentido, Apiano nos informa también de como Asdrúbal, el hijo de Giscón se rebeló tras el suceso del incendio de su campamento por parte de Escipión, al enterarse de que en Cartago había sido condenado a muerte<sup>247</sup>, aunque cuando ante la necesidad se paralizó su proceso, entregó el ejército a Aníbal<sup>248</sup>, algo que, ciertamente pudo ocurrir, teniendo en cuenta la lista de derrotas que había encadenado este general, aunque, la discordancia con otras fuentes clásicas y el hecho de que la diplomacia con Sifax dependiera de su familia hacen dudoso este pasaje.

En lo referente a las magistraturas, parece claro que quienes coparon los principales puestos de la marina cartaginesa pertenecían a la facción bárquida, así como la mayoría de rangos menores de guarniciones<sup>249</sup>, además de altos cargos militares y en definitiva los grandes mecanismos del poder en Cartago<sup>250</sup> de manera casi ininterrumpida, en lo que podríamos definir como una “supremacía política” de esta facción, algo por otro lado recurrente en este estado<sup>251</sup>. Por ello, creemos probable también que los hannonidas consiguieron introducir a Asdrúbal, el hijo de Giscón en los mandos militares hispanos, precisamente para disputarles el monopolio casi exclusivo de los Barca en este escenario, algo que podemos deducir siguiendo algunos pasajes de Polibio cuando defiende el papel de Asdrúbal Barca en la guerra: “Debido a los generales que desde Cartago le remetían a España en calidad de colaboradores tuvo que vérselas con circunstancias muy diversas”<sup>252</sup>, refiriéndose a las luchas entre estos generales<sup>253</sup>. Resulta en este punto necesario establecer las diferencias de intereses entre bárquidas y hannonidas que dieron lugar a este enfrentamiento.

Uno de los problemas del estudio de las luchas internas de Cartago, además de la escasez de fuentes, es que se han estudiado en base a su homóloga romana por las evidentes similitudes que aparecen y que vemos muy bien reflejadas en Escipión el Africano, que, de hecho, también tuvo que soportar una constante oposición por parte de la facción rival. De hecho, una prueba de que uno de los mecanismos para atacar a un enemigo político con responsabilidad militar era entorpecer

el envío de refuerzos es lo que le ocurrió también a Escipión, que en algunos casos también se vio privado de medios cuando quiso trasladar la guerra a África<sup>254</sup>, o una vez consolidado en ésta, poco antes de la batalla de Zama<sup>255</sup>. En este sentido, se pueden establecer una serie de similitudes, por ejemplo, también los fabios y los cornelios se decantaban por un modelo de expansión distinto, los primeros, circunscrito a la península itálica, siendo los segundos partidarios de una expansión mediterránea<sup>256</sup>. Por esta razón, la facción vinculada a Fabio Máximo, se mostraba desfavorable al comienzo de las hostilidades con Cartago, mientras que los Cornelios y los Emilios abogaban por una solución militar. Lo mismo ocurre en el caso de Cartago, los vinculados y aliados al clan Barca son partidarios de no amilanarse ante Roma y afrontar una guerra que por la vocación mediterránea de Cartago resultaba inevitable, los antibárquidas encabezados por Hannon el Grande y a quien puede sumarse un tal Asdrúbal Hedo<sup>257</sup> abogaban por un entendimiento con Roma y una actitud expansiva reducida al norte de África<sup>258</sup>. También podemos identificar rivalidades económicas, ya sean de divergencia de modelos, los Barca comercial y los hannonidas agrícola, aunque esta dicotomía no parece válida ya que, probablemente, ambas facciones tenían intereses comerciales y posesiones de tierra<sup>259</sup>, los Barca de hecho tenían grandes propiedades<sup>260</sup>, puede que el grupo de los Barca estuviera formado por “aristócratas de nuevo cuño” que apostaran por estos intereses comerciales, mientras que el sector más conservador se decantaría por el modelo agrícola<sup>261</sup>. También se ha planteado la posibilidad de que se trate de enfrentamientos directos por el control económico de ciertos sectores, como la industria del *garum* y extracción de sal, al parecer de monopolio bárquida<sup>262</sup>, de ahí la importancia de los cargos militares como medio de conseguir botín y enriquecerse, consiguiendo así más apoyos entre la aristocracia y el pueblo y seguir

246 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, 486.

247 Apiano, *Historia romana. Vol. I*, cap. Afr, 24.

248 Apiano, cap. Afr, 36.

249 Martínez Hahn Müller, «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.», 132-33.

250 Dexter Hoyos, «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.c.», *Rheinisches Museum für Philologie* 137, n.º 3/4 (1994): 271.

251 Víctor Martínez Hahn Müller, «Los Barca, una familia aristocrática de Cartago durante el siglo III a.C.: Aspectos sociales, económicos y políticos», *Habis*, n.º 47 (2016): 172.

252 Polibio, *Historias*, 1981, cap. XI, 2, 3.

253 Nota al pie número 10. Polibio, 420.

254 Quesada Sanz, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano», 190.

255 Huss, *Los cartagineses*, 277.

256 Martínez Hahn Müller, «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.», 136.

257 Quesada Sanz, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano», 186.

258 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 50.

259 Martínez Hahn Müller, «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.», 137.

260 Hoyos, «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.c.», 269.

261 Bendala Galán, «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, 123.

262 González Wagner, «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica», 289.

medrando<sup>263</sup>, lo cual va unido a una tercera opción, que se trate de dos modelos políticos enfrentados, el Barca más democrático y el hannonidad más oligárquico y conservador<sup>264</sup>. En este sentido, parece importante reparar en las teorías que parecen identificar un proceso de evolución o “revolución democrática” en Cartago, que sería el responsable primero de la introducción de medidas como la colegialidad del cargo de Sufete tras el final de la Primera Guerra Púnica, aunque no es algo seguro<sup>265</sup>, así como, la mayor participación de la Asamblea popular en política interior, utilizada por los Barca como herramienta política, aunque la supuesta demagogia de esta familia se ha puesto en duda<sup>266</sup>, algo que trataremos más adelante. Hay que tener en cuenta que si bien en aumento, la importancia de la Asamblea era siempre relativa y su importancia real a finales del siglo III a.C. ha sido exagerada<sup>267</sup>, pues solo se recurría a ella en caso de desacuerdo entre las magistraturas. Si bien es cierto que esta Asamblea tenía un grado de democratización muy alto, pues estarían representados todos los grupos sociales, excepto esclavos, hay que precisar que, para su control, resultaban indispensables las *hetairías*, asociaciones por oficios con un claro significado político<sup>268</sup>. Todo ello va unido a una cuarta alternativa, las diferencias de ambas facciones en cuanto a integración de los pueblos conquistados donde se ha identificado un modelo hannonida tradicional de continuar con la servidumbre y la exclusividad de la ciudadanía<sup>269</sup> y un modelo contrapuesto de inspiración alejandrina de los Barca<sup>270</sup>. En este sentido, podemos decir que Cartago fue bastante permeable al influjo helenístico, algo que vemos claramente en su arquitectura<sup>271</sup>, así como en su religiosidad y mentalidad<sup>272</sup>, cuestiones que responden,

en opinión de algunos autores, al profundo impacto a nivel geopolítico que las conquistas de Alejandro Magno supusieron en el Mediterráneo<sup>273</sup>, produciéndose algo fundamental que ya se ha mencionado y que marcó el desarrollo histórico de la familia Barca, “la helenización de la política y la guerra en Occidente”<sup>274</sup>, de hecho, la helenización de la aristocracia cartaginesa y en especial de los Barca por su formación y afinidad respecto de esta cultura<sup>275</sup>, están fuera de toda duda, pero ello no implica necesariamente que pretendiesen traicionar a su polis o tomar el poder absoluto de ésta como una y otra vez fueron acusados, de hecho, los ejemplos de este tipo de intentos de tomar el poder del estado, son según Carlos G. Wagner, poco habituales en la historia de Cartago y exceptuando Malco y Hannon, el resto fueron protagonizados por antiguos generales que no comandaban ningún ejército<sup>276</sup>. En definitiva, todas estas diferencias tienen su validez, pero creo que ninguna de ellas se entiende por separada, sin embargo, según algunos autores, no deberían entenderse como programas políticos enfrentados, puesto que estas facciones eran simplemente grupos formados en torno a un líder “sin ningún tipo de estructura programática”<sup>277</sup>. Ahondando en el funcionamiento de la política en Cartago, algo necesario para la comprensión de este aspecto del conflicto, era el Senado quien se encargaba de gestionar la política exterior, la declaración de guerra y la firma de los tratados de paz que no pasaban por la aprobación de la Asamblea en la mayoría de los casos<sup>278</sup>, aunque cabe señalar que ésta, jugaba un papel importante en la elección de los generales, que si eran elegidos por los ciudadanos, lo que terminaría con seguridad en manipulación, demagogia y soborno clientelar<sup>279</sup>. Por tanto, no sería suponer mucho que la Asamblea se convirtió en un instrumento de lucha política en Cartago durante el siglo III a.C aprovechado sobre todo por la familia Barca que gozaba de un

263 Martínez Hahn Müller, «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.», 137.

264 Martínez Hahn Müller, 137.

265 Lancel, *Cartago*, 115.

266 Martínez Hahn Müller, «Los Barca, una familia aristocrática de Cartago durante el siglo III a.C.», 175.

267 Sobre esta cuestión véase Hoyos, «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.c.», 263.

268 Prados Martínez, «Apuntes sobre democracia, igualitarismo y tolerancia en Cartago a través de las fuentes arqueológicas y textuales (siglos IV-III A.C.)», 249.

269 Martínez Hahn Müller, «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.», 138.

270 Bendala Galán, «La retaguardia hispana de Aníbal», 439.

271 Verónica García Coca, «La ciudad en época de Aníbal. Urbanismo y arquitectura en la Cartago helenística», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 77.

272 Raquel Rodríguez Muñoz, «La religión fenicia en la Península Ibérica durante la Segunda Guerra Púnica», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando

Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 99.

273 García Coca, «La ciudad en época de Aníbal. Urbanismo y arquitectura en la Cartago helenística», 95-96.

274 Barceló, «Aníbal y la helenización de la guerra en Occidente», 159.

275 Quesada Sanz, «Aníbal, estrategos carismático, y los ejércitos de Cartago», 262.

276 Carlos González Wagner, «Guerra, ejército y comunidad cívica en Cartago», en *Homenaje al profesor Presedo*, ed. Salvador M. Ordoñez Agulla, Pedro Sáez Fernández, y Francisco J. Presedo Velo (Sevilla: Universidad de Sevilla-Caja de Ahorros San Fernando-Junta de Andalucía, 1994), 830.

277 Carlos González Wagner, «El Sufetato de Aníbal», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 269.

278 Quesada Sanz, «En torno a las instituciones militares cartaginesas», 149.

279 González Wagner, «Guerra, ejército y comunidad cívica en Cartago», 831.

enorme prestigio por el papel de Amílcar en la guerra de los mercenarios, sin embargo, no se puede concluir de todo lo anterior que los Barca tuvieran un proyecto político radical contra la oligarquía<sup>280</sup>, de la que ellos mismos formaban parte. En cualquier caso, el final de este conflicto parece saldarse con la victoria de los hannonidas tras conseguir quitar de en medio a Aníbal, que como sufete tras la guerra, sí había emprendido una serie de acciones incómodas, como el intento de aumentar el poder de esta asamblea popular en la que su familia gozaba de tanto prestigio, en detrimento del poder de la oligarquía cartaginesa<sup>281</sup>, además de realizar una serie de medidas que sacaron a la luz los casos de corrupción de esta aristocracia<sup>282</sup>, la explicación de estas medidas, será abordada en el siguiente apartado.

#### 4. ¿Insubordinación e intento de sedición de los Barca?

Esta pregunta es fundamental para comprender el fracaso de Aníbal, y respondería a la falta de medios que Cartago puso a su disposición para el planteamiento estratégico de la guerra. En primer lugar, partimos de la base de que Cartago, no solía poner obstáculos a sus generales, dotándolos de gran autonomía, pero en algunos casos podían, “no ofrecerles apoyo en nuevas operaciones”<sup>283</sup>. En este sentido, proponemos que esa falta de medios ya demostrada anteriormente puede deberse a dos razones fundamentales, la percepción de parte del Senado cartaginés a través de la facción hannonidad de la personalización de la guerra en la familia Barca, que fue a su vez tomado por las fuentes grecolatinas hablando de un odio personal de los Barca hacia Roma<sup>284</sup> y por otro lado, el miedo de que esta familia se saliera del redil y formase un estado paralelo con base en la península ibérica o intentase aspirar a un poder autocrático en la misma Cartago. En este sentido, algunos autores modernos presentan a la Hispania de los Barca como un “principado ibérico”<sup>285</sup> o “reino ibérico”<sup>286</sup> y Aníbal

como “dirigente del principado semiindependiente de España”<sup>287</sup>, algo que encontramos como preocupación ya en las mismas fuentes clásicas puesto que Polibio no niega la afirmación de Nepote de que la familia Barca aspiraba a la realeza<sup>288</sup> y de hecho, la suscribe en pasajes como la descripción de Carthago Nova, donde señala específicamente que Asdrúbal, el cuñado de Amílcar, “aspiraba a un poder monárquico”<sup>289</sup>. De seguro, esta percepción ya era evidente en época por cierta parte del senado cartaginés. El mismo nombre de Carthago Nova ha sido considerado por algunos autores como ese interés de los Barca por crear ese reino independiente, pero esto ha sido descartado por autores como Bendala Galán<sup>290</sup> o Carlos G. Wagner<sup>291</sup>. En este sentido, Apiano nos informa específicamente de que Asdrúbal “estaba dedicado al gobierno de aquella parte de Iberia perteneciente a Cartago”<sup>292</sup> y no hace mención a ningún estado paralelo de los Barca, aunque sí acusa directamente a Aníbal de la responsabilidad de la guerra con Roma, con el fin de acrecentar su popularidad y solucionar el problema de la oposición interna<sup>293</sup>, así como de no aprovechar oportunidades de victoria para mantener la guerra en Italia “por miedo a que Cartago le desposeyese de su mando”<sup>294</sup>.

En primer lugar hemos de decir que, la falta de apoyo con recursos militares desde Cartago a la familia Barca venía de atrás, ya Amílcar Barca tuvo que enfrentarse al mismo problema y mientras que su rival político Hannon el Grande, había protagonizado una expedición en el norte de África en plena Primera Guerra Púnica, ampliando los dominios en esta zona hasta Theveste<sup>295</sup>, en lugar de seguir destinando esfuerzos a su guerra con Roma, algo que se ha intentado explicar como un intento de conseguir más fondos para seguir sosteniendo el esfuerzo bélico<sup>296</sup>, empleando para ello un ejército que se encontraba sorprendentemente “ocioso”, creemos, como otros autores, que **más probablemente se trató de un intento por demostrar los beneficios que podía proporcionar una política de expansión en África por parte de Hannon, mermando así las políticas de su rival Amílcar en Sicilia, que**

280 Hoyos, «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.c.», 262.

281 González Wagner, «El Sufetato de Aníbal», 267.

282 Lancel, *Cartago*, 363.

283 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 252.

284 Martínez Hahn Müller, «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.», 135.

285 Aunque Lancel matiza que la designación de este territorio como «reino bárcida» por parte de la historiografía le parece «un tanto exagerado». Lancel, *Cartago*, 341.

286 Aunque no se atreve a situar su carácter de dependiente o independiente respecto de Cartago si el proyecto hubiera fructificado. María Paz García-Bellido García de Diego, «Los retratos de la dinastía bárquida en las monedas de Iberia», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 433, 436.

287 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 252-53.

288 Quesada Sanz, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano», 182.

289 Polibio, *Historias*, 1981, cap. X, 10, 8.

290 Bendala Galán, «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, 38.

291 González Wagner, «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica», 285-86.

292 Apiano, *Historia romana. Vol. 1*, Ib, 8.

293 Apiano, Ib, 9.

294 Apiano, cap. La guerra de Aníbal, 40.

295 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 50-51.

296 Gómez de Caso Zuriaga, «Amílcar Barca y el fracaso militar cartaginés en la última fase de la Primera Guerra Púnica», 109; Hoyos, «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.c.», 265.

no estaba consiguiendo resultados concluyentes<sup>297</sup>. Como resultado de todo ello, seguimos la hipótesis de Gómez de Caso, según la cual, la flota cartaginesa fue repatriada en el año 246 a.C., por orden de Cartago, siendo responsabilidad de la oligarquía cartaginesa<sup>298</sup>, de seguro, entendemos, azuzada por la presión y el boicot contra la estrategia de Amílcar por parte de los hannonidas. De hecho, debido a la falta de medios que el senado cartaginés no quiso proporcionar al Barca ante los pocos resultados de su mando, la situación de la guerra entro en un punto de estancamiento y Amílcar, limitado por la falta de recursos, no pudo replantear el curso de la guerra. La única oportunidad hubiera sido aprovechar esa flota repatriada para enviar refuerzos y dotar de una mayor flexibilidad a Amílcar, que se vio obligado a buscar por todos los medios algún éxito que presentar en Cartago para volver a solicitar refuerzos. Para ello, se centró en la conquista del emplazamiento de Erice, mediante un ataque sorpresa, que pudiera suplir la escasez de medios<sup>299</sup>, obteniendo una victoria muy parcial, que no consiguió resolver su situación. Siguiendo esta argumentación, el envío de una flota de transporte con avituallamiento tras esta conquista debe entenderse como un intento de garantizar el suministro de alimentos a las tropas mercenarias, como explicita Polibio<sup>300</sup>, algo que resultaba fundamental para evitar su defección, que se hacía mucho más probable si había problemas de avituallamiento y manutención<sup>301</sup>. Lo que podemos ver si atendemos a todos estos hechos es el papel importante que jugó la división de la clase cartaginesa en la derrota en su primer conflicto con Roma<sup>302</sup>. En el caso de Amílcar, se puede decir que la falta de medios y de confianza estaba ciertamente justificada por la ausencia de resultados claros de su planteamiento, pero no podemos decir lo mismo de Aníbal cuyo planteamiento sí que produjo resultados mucho más claros y tampoco se le enviaron los refuerzos que se precisaban a pesar del supuesto éxito de sus demandas<sup>303</sup>. En base a todo esto, entendemos que, en ambos casos, lo determinante fue el intento de minar desde dentro las políticas y los éxitos de los Barca por parte de sus rivales políticos, a través de la falta de medios para sus campañas, por miedo a que los Barca, copando la mayor parte de las magistraturas

militares y con gran peso tanto en el Senado como en la Asamblea intentasen imponer un régimen personalista en Cartago o formar un estado paralelo en la península, a la vez que no dejaban espacio para el ascenso político de los miembros de la facción de los hannonidas que percibieron como una amenaza para su posición su aumento de poder.

Se hace necesario en este punto, exponer e intentar rebatir brevemente los elementos que se han propuesto como pruebas de esta insubordinación y aspiraciones monárquicas de los Barca, algo que encontramos en las fuentes clásicas. Así, afirmaciones como la de Apiano, establecían que la expedición de Amílcar a la península ibérica fue contra los deseos de los cartagineses, algo que ha sido desestimado, creemos que acertadamente, por algunos autores<sup>304</sup>, pero que puede ir unido al supuesto carácter personalista del ejército púnico en Hispania, de inspiración helenística, vinculado a la familia Barca, algo que explicaría la elección del ejército de sus miembros como generales, sin embargo, si bien esta afirmación tiene parte de razón, se trataba de un acto plenamente legal, siendo muy matizable la autonomía del ejército, al ser ratificada su disposición por las instituciones cartaginesas<sup>305</sup>, algo en lo que entraremos más adelante. En este sentido, la duración vitalicia del mando militar de Amílcar se produjo, a semejanza del mundo helenístico, como resultado de una victoria fundamental para la polis y en este caso, para su misma supervivencia, como fue el destacado papel en la Guerra de los Mercenarios<sup>306</sup>. También se puede establecer este fenómeno como resultado de una reelección constante, como ocurrió en la Atenas de Pericles<sup>307</sup>. En ambos casos, la popularidad de los Barca en el Senado y en la Asamblea jugó un papel fundamental. Sin embargo, hay un problema imprescindible que abordar en este punto, el carácter “sucesorio” del mando militar en Hispania dentro de la familia Barca, a través de la designación de la figura recogida de la propia tradición cartaginesa del *trierarca*, de inspiración persa a su vez<sup>308</sup>, que en principio, correspondía a una magistratura naval menor griega, algo así como el capitán de un barco<sup>309</sup>, pero que en el mundo cartaginés implicaba unas responsabilidades

297 Gómez de Caso Zuriaga, «Amílcar Barca y el fracaso militar cartaginés en la última fase de la Primera Guerra Púnica», 118-19.

298 Gómez de Caso Zuriaga, 119.

299 Gómez de Caso Zuriaga, 122.

300 Polibio, *Historias*, 1981, I, 60, 2.

301 Antonio Pedro Marín Martínez, «Economía y mercenariado. Su impacto en el declive del Mundo Púnico», en *Economías, comercio y relaciones internacionales en el Mundo antiguo*, ed. Carmen del Cerro Linares et al. (Barcelona: Fullcolor printcolor, 2014), 96-97.

302 Gómez de Caso Zuriaga, «Amílcar Barca y el fracaso militar cartaginés en la última fase de la Primera Guerra Púnica», 126.

303 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXIII, 13, 1-8.

304 Hoyos, «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.c.», 258-59.

305 Ferrer Maestro, «Las cuentas de Aníbal», 277.

306 Remedios Sánchez, «La campaña contra los vacceos», 220.

307 González Wagner, «Guerra, ejército y comunidad cívica en Cartago», 829.

308 Nota al pie 121. Polibio, *Historias*, 1981, 124.

309 Adolfo J. Domínguez Monedero, «El Mediterráneo arcaico como escenario bélico», en *Navegar el Mediterráneo: Phicaria, VI Encuentros Internacionales del Mediterráneo*, ed. María Milagrosa Ros Sala y José María López Ballesta (Mazarrón: Universidad Popular de Mazarrón, 2018), 72.

políticas que parecen claras<sup>310</sup> y que ya marcaban a nuestro entender, la línea de lo que debía de elegir el ejército en caso de fallecer el comandante en jefe, como efectivamente ocurrió con los casos de Asdrúbal, aunque el ascenso de este personaje fue más fruto de la influencia del partido de los Barca según Livio<sup>311</sup>, pero sobre todo, en el caso de Aníbal, lo que refuerza la idea de la lealtad personal del ejército a la familia Barca, teniendo en cuenta el carácter personalista de las lealtades ibéricas, que también pudo influir en la sucesión de miembros de la familia como generales<sup>312</sup>, al igual que pudo ser un factor a tener en cuenta para explicar la inusual elección de Escipión a finales del 210 a.C.<sup>313</sup>, sin embargo, este rasgo hereditario de las magistraturas, era algo relativamente habitual en Cartago y que podemos conocer a través de algunas inscripciones<sup>314</sup>, y en realidad, encontramos ejemplos anteriores a los Barca de la sucesión de magistraturas militares dentro de una misma familia<sup>315</sup>, algo que responde a estrategias de mantener la primacía política de una facción dentro del estado. De esta manera, los Barca aprovecharon la “situación coyuntural” en Hispania, mediante el uso de “los mecanismos habituales de transmisión de poder en los ejércitos helenísticos”<sup>316</sup>, pero siempre dentro de la legalidad del Estado, siendo todos sus miembros, ratificados por el Senado y la Asamblea<sup>317</sup>. Sin embargo, la suma de todos estos factores, fue percibido como un riesgo para los hannonidas, algo claro que podemos identificar gracias a Livio, la fuente más valiosa para conocer las disputas internas en Cartago, aunque más adelante entraremos en la cuestión de su fiabilidad.

Un primer punto de partida sería la oposición de Hannon el Grande a que Aníbal, que supuestamente había regresado a Cartago, fuese enviado a Hispania con

Asdrúbal como éste había propuesto<sup>318</sup>, precisamente para evitar esta sucesión en las magistraturas militares. En cualquier caso, aunque el cargo de *trierarca* marcara la línea a seguir, el designado, debía hacerse valer en las acciones militares, mostrando su valor y carisma personal en batalla, siguiendo el modo helenístico, como bien supo hacer Aníbal, precisamente, y sobre todo en sus primeras campañas, recibiendo incluso heridas y comandando personalmente ataques<sup>319</sup>. Estos fueron los motivos de campañas como la de los vacceos, destinadas a “justificar su nombramiento y su posición” frente sus hombres y frente a sus rivales políticos en Cartago<sup>320</sup>, haciendo efectivo el respaldo del ejército, cuyo principio de elección de los generales había sido transferido por el Consejo de ancianos con motivo de las luchas internas entre generales durante la guerra de los mercenarios, en este caso, entre Amílcar Barca y Hannon el Grande<sup>321</sup>. Es aquí donde podemos ver reflejada la fuerza de esta facción hannonida en el senado cartaginés, que debía de ser en este momento muy grande, pues a pesar del éxito general de la estrategia de Amílcar en la guerra de los mercenarios, el senado envió a la llamada “Comisión de los Treinta” para forzarle a reconciliarse con Hannon<sup>322</sup>, esto es algo importante, puesto que, aunque en las fuentes clásicas en la opinión del senado cartaginés solían prevalecer los apoyos Barca<sup>323</sup>, que eran probablemente mayores que los hannonidas, creemos que estos últimos sí que contaban con un poder suficiente en la ciudad como para entorpecer el envío de refuerzos a Aníbal. De hecho, los ataques de los hannonidas no se circunscribieron a Amílcar, que fue sometido a juicio, aunque consiguió evadirlo<sup>324</sup>, también intentaron minar sus apoyos en las instituciones, acusando a sus partidarios de retener los fondos que Aníbal y Asdrúbal habían enviado desde la península, consiguiendo que fueran condenados por ello<sup>325</sup>, algo que no se explica si los hannonidas no tuvieran una presencia importante en las instituciones cartaginesas, como tampoco podría explicarse el hecho de que el enviado principal para las negociaciones de paz finales tras Zama fuese un antibárquida como Asdrúbal Hedo<sup>326</sup>. En esta misma línea, los hannonidas parece que se hicieron con el control de esta Comisión de los Treinta hacia el final

310 Arturo Rey Da Silva, «Mar y guerra en el Mediterráneo Antiguo: Las Marinas Romana y Cartaginesa en el siglo III a.C.», en *Aníbal de Cartago: historia y mito*, ed. Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado (Madrid: Polifemo, 2012), 50.

311 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXI, 2, 4.

312 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 255-56.

313 Goldsworthy, 458-59.

314 Carlos González Wagner, «Ciudad y ciudadanía en la Cartago púnica», en *Repúblicas y ciudadanos: modelos de participación cívica en el mundo antiguo*, ed. Francisco Marco Simón, Francisco Pina Polo, y José Remesal Rodríguez (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2006), 107.

315 Eduardo Ferrer Albelda, «Rasgos ideológicos helenísticos en la política ibérica de los Barca», en *Grecia ante los Imperios: V Reunión de historiadores del mundo griego*, ed. Juan Manuel Cortés Copete, Elena Muñoz Grijalvo, y Rocío Gordillo Hervás (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2011), 309.

316 Remedios Sánchez, «La campaña contra los vacceos», 222.

317 Ferrer Albelda, «Rasgos ideológicos helenísticos en la política ibérica de los Barca», 308.

318 Domínguez Monedero, «Los otros Barca», 186.

319 Remedios Sánchez, «La campaña contra los vacceos», 218.

320 Remedios Sánchez, 222.

321 Lancel, *Cartago*, 339.

322 Gabriel Rosselló Calafell, «La comisión de los treinta: ¿un instrumento excepcional de la diplomacia cartaginesa?», *Studia historica. Historia antigua*, n.º 38 (2020): 14.

323 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXI, 4, 1; Livio, cap. XXI, 11, 1; Livio, cap. XXIII, 13, 7.

324 Apiano, *Historia romana. Vol. 1*, cap. Ib, 4.

325 Huss, *Los cartagineses*, 188-89.

326 Huss, 281.

de la guerra<sup>327</sup>. También fueron capaces de someter a juicio, una vez terminado el conflicto al mismo Aníbal, acusándolo de haber impedido la toma de Roma y de corrupción, aunque tanto su absolución y su elección como su fufete muestran el poder y la popularidad que seguían teniendo los Barca<sup>328</sup>, aunque si damos credibilidad a algunas afirmaciones de Apiano, el pueblo no siempre estuvo del lado de los Barca, ni de sus rivales, sino en una postura irreflexiva fruto de las necesidades, siendo muy susceptible a la demagogia y sin escuchar los consejos del Senado<sup>329</sup>. A pesar de todo, algunas de las acciones de Aníbal en este cargo, dan muestra de que la presencia de los Barca no debía ser tan grande y, sobre todo, que iba menguando, de no ser así, no hubiera sido necesario emprender acciones contra la institución de los 104 y apoyarse tanto en la Asamblea Popular. Las medidas de Aníbal atacaban directamente al sistema oligárquico del que tanto su familia como sus aliados formaban parte, de haber sido mayoría en estas instituciones, jamás hubiera emprendido estas reformas.

Volviendo a las acusaciones de aspiración monárquica de los Barca tras este necesario paréntesis, otro factor a considerar sería el carácter personalista de los tratados entre distintos estados y Cartago, que no se firman con la propia ciudad sino con los integrantes del clan Barca, el ejemplo claro es el tratado de Asdrúbal que se firma con él personalmente, lo que hace que, tras su muerte, ni Cartago ni Aníbal se sienten ligados a él<sup>330</sup>. Otro ejemplo en esta línea es el tratado que se firma con Macedonia, firmado con el mismo Aníbal y no con Cartago<sup>331</sup>. Sin embargo, no creo que esto pueda tomarse como un acto que indique la personalización del poder en los Barca, puesto que era una práctica relativamente habitual, que ya se había dado durante conflictos anteriores, como el de Agatocles<sup>332</sup>. Otro de los factores más señalados es la presunta personalización de los retratos en la acuñación de moneda en la península ibérica por parte de los Barca, sobre todo, reseñable en el caso de Asdrúbal, el yerno de Amílcar, que rompió con la tradición de acuñación hispano-cartaginesa<sup>333</sup>, apareciendo incluso representado con una diadema real, de origen persa a su vez<sup>334</sup>, algo

que, “designaba el carácter de dinastía”<sup>335</sup>, con lo que también se ha relacionado la política de matrimonios mixtos de los Barca<sup>336</sup>, impropia de meros “generales de ocupación”<sup>337</sup>. Sin embargo, el hecho de que estas acuñaciones respondan a miembros de esta familia ha sido puesto en duda, tratándose más probablemente de divinidades<sup>338</sup>, algo que también podría indicar la variación iconográfica de modelos africanos según la zona, como el caso de las acuñadas en Italia de domino Barca que responden a modelos locales<sup>339</sup>. Además, los nombres de los supuestos retratados no aparecen en las monedas<sup>340</sup>, algo indispensable para la propaganda de las monarquías helenísticas, que, por otro lado, se ha intentado explicar, como resultado de la falta de tradición de esta práctica en Cartago y como “un paso que no se atrevió a dar”<sup>341</sup>.

Después de analizar e intentar rebatir las principales acusaciones sobre los Barca, pensamos, siguiendo a muchos autores, que hay elementos claros, como el hecho de que Roma considerase Cartago y la Hispania de los Barca como el mismo sujeto político, enviando la embajada que termino declarando la guerra a Cartago por el ataque a Sagunto o la preocupación de Aníbal por defender África<sup>342</sup>, que permiten establecer que la intención de los Barca no fue nunca crear un estado independiente en la península ibérica<sup>343</sup>, ni una dinastía<sup>344</sup>, ni dar un golpe de Estado en Cartago<sup>345</sup>, por ello, la definición de los Barca como príncipes helenísticos no nos parece del todo acertada, ya que invita a pensar esta cuestión<sup>346</sup>. Quizás se podría plantear la excepción de Asdrúbal, según algunos

327 Rosselló Calafell, «La comisión de los treinta», 15.

328 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 238-39.

329 Son episodios que no aparecen en otras fuentes clásicas por lo que no son del todo fiables. Apiano, *Historia romana. Vol. 1*, cap. Ib, 8; Apiano, cap. Afr, 38; Apiano, cap. Afr, 55.

330 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 82.

331 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXIII, 33, 10-12.

332 Hoyos, «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.c.», 255.

333 García-Bellido García de Diego, «Los retratos de la dinastía bárquida en las monedas de Iberia», 442.

334 García-Bellido García de Diego, 434.

335 García-Bellido García de Diego, 445.

336 García-Bellido García de Diego, 436.

337 Bendala Galán, «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, 142.

338 Algo que sostiene Barceló, aunque subraya que «los Bárquidas invitaban a la ambigüedad». Barceló, *Aníbal de Cartago*, 88.

339 Martínez Hahn Müller, «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.», 139-40.

340 Ferrer Albelda, «Rasgos ideológicos helenísticos en la política ibérica de los Barca», 312.

341 García-Bellido García de Diego, «Los retratos de la dinastía bárquida en las monedas de Iberia», 451-52.

342 Hoyos, «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.c.», 257.

343 Ferrer Albelda, «Rasgos ideológicos helenísticos en la política ibérica de los Barca», 309; González Wagner, «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica», 287.

344 Quesada Sanz, «Aníbal, stratego carismático, y los ejércitos de Cartago», 261.

345 Quesada Sanz, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano», 182; Siendo el supuesto intento de Asdrúbal «mera conjetura». González Wagner, «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica», 286.

346 Remedios Sánchez, «La campaña contra los vacceos», 217.

autores como García-Bellido o Bendala Galán<sup>347</sup>, algo que puede ser plausible si atendemos a su proceder diplomático y propagandístico<sup>348</sup>, aunque el supuesto intento de instaurar una monarquía en la misma Cartago recogido por Fabio Píctor a través de Polibio, parece haber sido fruto de un viaje que tuvo como objetivo confirmar su poder político y, siguiendo a Domínguez Monedero, solicitar la autorización para la función de Carthago Nova y el envío de colonos a la misma, aunque quizás, también tomo algunas medidas políticas que dieron pie a esta interpretación de Fabio Píctor<sup>349</sup>. Por ello, nos parece claro a pesar de que efectivamente estos magistrados sin plazo fijo podían ser un potencial peligro institucional<sup>350</sup>, el hecho de que los Barca mostraron siempre una subordinación total al estado cartaginés, y nos parece clara la ruptura de la línea de Asdrúbal por parte de su sucesor Aníbal, algo que también ha señalado García-Bellido<sup>351</sup>, puesto que Aníbal intento mostrarse como un aristócrata vinculado a su polis, aunque continúe con la propaganda de su predecesor<sup>352</sup>, en este sentido, creemos acertada la reflexión de Bendala Galán ya que es innegable que la Hispania de los Barca fue el resultado de un “proyecto político y militar muy personal” destinado a “crear una provincia hispana en la que regirse con gran autonomía”<sup>353</sup>.

Sin embargo, la acusación de esta aspiración monárquica de Aníbal por parte de sus rivales políticos es muy recurrente, algo que podemos identificar en pasajes de Livio puestos en boca de Hannon el Grande: “¿Es que tenemos miedo a que el hijo de Amílcar tarde demasiado en ver los poderes desmedidos y esa especie de tiranía de su padre, y que nosotros tardemos más de la cuenta en ser esclavos del hijo de un rey a cuyo yerno se le han dejado nuestros ejércitos en herencia? Yo estimo que se debe mantener a este joven en casa sometido a las leyes, a las autoridades, que se le debe enseñar a vivir con los mismos derechos que los demás, no vaya a ser que en algún momento esta pequeña chispa provoque un enorme incendio”<sup>354</sup>. En este sentido, la ocupación de los principales cargos militares fue percibida como un medio para lograr ese

fin: “Enviasteis al ejército echando leña al fuego a un joven que ardía en ansias de realeza y que tenía entre ceja y ceja un único camino para conseguirla: vivir rodeado de legiones armadas”<sup>355</sup>. Se hace necesario en este punto establecer la veracidad de estas acusaciones y propaganda de los rivales políticos de los Barca, de la que las fuentes romanas se hicieron eco<sup>356</sup>, así como de otros muchos tópicos sobre la familia Barca<sup>357</sup>, en este sentido, podría decirse que esa “discordia” interna cartaginesa de la que hablaba Orosio podría ser parte de estos tópicos<sup>358</sup> y pudiera ser que todo este debate interno en Cartago fueran invenciones de Livio para otorgar un tinte dramático a su narración, siendo una fuente llena de “reminiscencias literarias”<sup>359</sup>. En este sentido, siguiendo a Pedro Barceló, sostenemos que parte de los discursos de Hannon, como el discurso pidiendo que se entregara a Aníbal a los romanos en el incidente de Sagunto<sup>360</sup>, responden a invenciones propagandísticas del autor, que mediante los discursos de Hannon, muestra los argumentos y prejuicios romanos contra la política de los Barca<sup>361</sup>, la responsabilidad personal de Aníbal y su familia al inicio de la guerra, exonerando así a los romanos de toda culpa<sup>362</sup>. Por otro lado, prestigiosos especialistas como Bendala Galán parecen aceptar cierta veracidad tras estos discursos usándolos como fuente<sup>363</sup>, algo que compartimos en este trabajo, pues creemos que sí que reflejan un trasfondo real, aunque el propio Livio se contradiga en algunos pasajes como el ya mencionado intento de Hannon de que permaneciera en Cartago un Aníbal que se encontraría en esta ciudad y no en Hispania, un relato que no es sostenible, puesto que el mismo Livio se contradice, en dos ocasiones<sup>364</sup>, de las cuales se concluye que desde que Amílcar se llevó a Aníbal a Hispania, éste no había vuelto a pisar Cartago, por lo que todo el pasaje anterior es probablemente pura invención. Sin embargo y a pesar de que por supuesto, todos los pasajes de discursos que Livio pone en boca de sus personajes están adornados literariamente, sí que pensamos que esta acusación de aspiraciones monárquicas es real, al igual que las luchas políticas en Cartago durante este enfrentamiento, algo

347 Bendala Galán, «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, 137.

348 Díaz Sánchez, «Las influencias religiosas en las decisiones del poder durante la Segunda Guerra Púnica», 385.

349 Domínguez Monedero, «Los otros Barca», 184.

350 Quesada Sanz, «En torno a las instituciones militares cartaginesas», 155.

351 García-Bellido García de Diego, «Los retratos de la dinastía bárquida en las monedas de Iberia», 448-49.

352 Díaz Sánchez, «Las influencias religiosas en las decisiones del poder durante la Segunda Guerra Púnica», 386.

353 Bendala Galán, «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, 38-39.

354 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXI, 3, 5-6.

355 Livio, cap. XXI, 10, 4.

356 Domínguez Monedero, «Los otros Barca», 189.

357 Hoyos, «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.c.», 258.

358 Bendala Galán, «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, 13.

359 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 124.

360 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, cap. XXI, 10.

361 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 162.

362 Barceló, 164.

363 Bendala Galán, «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, 130-31.

364 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXX, 35, 10-11; Livio, cap. XXX, 37, 9.

que podemos deducir si atendemos a Roma, en ella, las mismas acusaciones de aspirar a la realeza caen sobre Escipión por parte de sus rivales políticos, los fabios<sup>365</sup>, poniendo además, las mismas trabas, dificultar la asignación de tropas. Y es que, estas luchas internas no son exclusivas de Cartago o Roma, son elementos estructurales de cualquier república<sup>366</sup> oligárquica y de cualquier estado de la Antigüedad y del presente. Encontramos paralelismos en la política interna de estos estados casi en cualquier tiempo y espacio, por ejemplo, siguiendo una comparativa del propio Barceló, Temístocles, el legendario héroe ateniense, le ocurrió algo similar, lo mismo se podría decir del espartano Pausanias<sup>367</sup>, a lo que también podríamos sumar el ya mencionado caso de Jantipo durante la Primera Guerra Púnica. Por ello, sostenemos que estos modelos responden a acusaciones propias de su época, para repúblicas como Roma o Cartago, donde la mayor calumnia de traición que se podía usar en la lucha política era la aspiración a un poder monárquico, mientras que en el caso griego, el mayor ataque contra un enemigo político era situarlo como un colaboracionista persa y un traidor al mundo griego<sup>368</sup>. En cualquier caso, todas estas acusaciones tienen el mismo fondo, los recelos que representaba el aumento del poder de ciertas personalidades a nivel interno<sup>369</sup>, llegándose a adoptar medidas que van en contra de los intereses del estado.

## 5. Conclusiones

En base a todo lo dicho anteriormente, sostenemos la tesis de que las rivalidades internas de Cartago jugaron un papel importante en el conflicto, impidiendo y dificultando el envío de refuerzos a Aníbal, algo que vemos aparecer recurrentemente en fuentes escritas, con pasajes puestos en boca del propio Aníbal, como el que mostraba su desánimo al recibir la orden de regresar a África para defender Cartago: “Ya no reclaman mi vuelta con rodeos sino abiertamente los que ya antes querían forzar mi salida de aquí impidiendo el envío de refuerzos y dinero. Aníbal pues, ha sido vencido no por el pueblo romano, tantas veces derrotado y puesto en fuga, sino por el senado cartaginés, con la calumnia y la envidia. Y con este retorno mío no se alegrará y ufanará tanto Publio Escipión como Hannon, que hundió nuestra casa con la ruina de Cartago, ya que

por otro medio no fue capaz”<sup>370</sup>. Que aun con estos refuerzos Aníbal hubiera podido ganar la guerra ha sido discutido por parte de especialistas como Quesada Sanz<sup>371</sup>. Sin embargo, a lo largo del artículo, se ha intentado establecer el papel fundamental de su ausencia durante el cambio de fase de la guerra en Italia tras Cannas a partir del 216 a.C. También se ha intentado mostrar el conflicto como una guerra en la que no se puso todo el empeño posible y en la que un sector importante de la aristocracia cartaginesa, vio una oportunidad de minar la supremacía política de la familia Barca, como finalmente acabó sucediendo. Fueron éstas, rivalidades inherentes a toda república oligárquica, Roma no estaba exenta de ellas, como vemos en la oposición constante del sector de Fabio Máximo con Escipión el africano<sup>372</sup> o la tensión y descoordinación de Fabio con Minicio Rufo<sup>373</sup>. Pero en el caso de Cartago, estas rivalidades afectaron más significativamente a su desempeño militar. Unas rivalidades que venían afectando directamente a la familia Barca a través de la falta de apoyo de recursos intencionada desde los tiempos de Amílcar en la Primera Guerra Púnica y después a Aníbal en Italia, donde se produce el abandono por parte del Senado cartaginés que no destina todos los recursos disponibles para apoyar a sus generales<sup>374</sup>, creemos, que por la percepción y acusación intencionada de aspiración a la monarquía y al dominio independiente en Hispania de esta poderosa familia. En esta cuestión, viendo en conjunto todos los argumentos expuestos, pensamos que la mayor parte de los elementos mencionados como pruebas de esta supuesta aspiración monárquica, son explicables de cara a conseguir un objetivo que hemos intentado situar como fundamental para el éxito militar en el escenario ibérico, garantizar la lealtad de las comunidades indígenas, puesto que, como bien tiene en cuenta García-Bellido, en estos pueblos, “existía ya una relación sagrada entre jefe y súbdito”, algo que los Barca aprovecharon, vinculándose con divinidades y haciéndose representar con un programa iconográfico y propagandístico muy efectivo, si bien consiguiendo su objetivo solo parcialmente, pues a pesar de que estas comunidades les ofrecen la “basileía”<sup>375</sup>, este reconocimiento de lealtad requería de una presencia militar constante y de la victoria en el campo de batalla, algo que no siempre se supo conseguir. Sin embargo, una cosa es que el senado romano percibiera a Asdrúbal

365 Quesada Sanz, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano», 183-84.

366 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 162.

367 César Sierra Martín, «Traidores de la Hélade (S. VI-V a. C.)», *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, n.º 24 (2012): 129.

368 Sierra Martín, 137.

369 Sierra Martín, 129.

370 Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, cap. XXX, 20, 3.

371 Quesada Sanz, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano», 185.

372 Quesada Sanz, 183-84.

373 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 140-41.

374 Quesada Sanz, «En torno a las instituciones militares cartaginesas», 157-58.

375 García-Bellido García de Diego, «Los retratos de la dinastía bárquida en las monedas de Iberia», 432.

como *basileus* y acordaran tratados personales con él<sup>376</sup> o que los hispanos consideraran como una suerte de monarcas a Asdrúbal o Aníbal y otra muy distinta es que realmente estos personajes pretendieran serlo, en este sentido la reflexión de Carlos G. Wagner parece acertada, “Posiblemente gobernaron en la Península a la manera de monarcas helenísticos sobre las poblaciones conquistadas y “aliadas”, pero la razón de ello está en las mismas coyunturas generales y locales de la época”<sup>377</sup>, sin negar que, por supuesto, practicaron políticas oligárquicas para perpetuarse en el poder del estado como la sucesión en las magistraturas militares o el uso de la Asamblea popular como instrumento de manipulación política. Tampoco terminó de funcionar la política de alianzas internacionales, basada en gran medida, como ha señalado Pedro Barceló, en ese complejo programa propagandístico que empezaba en el templo de Melkart en Gadir<sup>378</sup>, puesto que, si bien se consiguió parcialmente esa alianza con el mundo griego, aliados como Macedonia no tuvieron una implicación suficiente y ciudades clave como Ampurias o Massalia se decantaron a favor de la causa romana, al igual que los númidas primero de Sifax y después de Massinisa. En este aspecto, Roma gestionó mucho mejor tanto su diplomacia como las rivalidades entre su oligarquía, cuya extrema competitividad, ha sido subrayada como una de los factores clave para entender el éxito del expansionismo romano<sup>379</sup>. Además, resultó fundamental el hecho de que Roma, como he intentado evidenciar anteriormente, sí aprendiera de las experiencias de conflictos anteriores tanto propios como ajenos. No se puede decir lo mismo de Cartago, que comete una y otra vez los mismos errores, perpetuando la inestabilidad de territorios como el libio o el númida, a la vez que tanto en estos casos como en el hispano, practicaban políticas de subyugación y no de integración, así como, sobre todo, el hecho de nombrar generales enfrentados entre sí, casos de Hannon y Bomílcar en la guerra de Agatocles<sup>380</sup>, Amílcar Barca y Hannon el Grande en la guerra de los mercenarios y Asdrúbal, el hijo de Giscón, Magón Barca y Asdrúbal Barca en el escenario clave de la Península ibérica, con el mismo fallo de falta de coordinación, que también condenó en parte el escenario siciliano. En este punto, no está exenta de culpa la Asamblea de ciudadanos de Cartago que no supo ver las dificultades que estos enfrentamientos internos conllevarían a nivel de coordinación militar,

dejándose influir por uno y otro bando siendo una herramienta más de lucha y manipulación política.

Además, la debilidad del estado central cartaginés ante la derrota es patente, después de un fracaso militar importante intenta buscar una salida diplomática, como ocurrió con Pirro, o los casos de Régulo en 255 a.C. o Escipión en 204 a.C. y 202 a.C.<sup>381</sup>, lo que contrasta con la resiliencia de Roma, que nunca firma un tratado de paz si no es ella la que impone las condiciones, mostrando una resiliencia en su clase dirigente que ha sido señalado como uno de los factores clave en la victoria romana, al mismo nivel que su sistema de alianzas y la capacidad demográfica de Italia<sup>382</sup>. En este sentido, autores como Goldsworthy, señalan, que las guerras entre estados tan grandes como Roma o Cartago, acababan “cuando un bando perdía el deseo de seguir luchando y no la capacidad de hacerlo”<sup>383</sup>, algo que se ha identificado con claridad en la última fase de la Primera Guerra Púnica<sup>384</sup>. Esta “pérdida de deseo” es lo que también se ha intentado poner de manifiesto en estas páginas, Cartago, contaba con recursos que no empleó en el desarrollo de la guerra, algo claro sí, atendemos a los conflictos inmediatamente posteriores a las dos guerras púnicas. Tras la primera, es capaz de realizar empresas de conquista paralelas como la de Hannon en el norte de África y ser capaz de imponerse a la rebelión de los libios y mercenarios en los años siguientes a la vez que se pagaban las reparaciones de guerra a Roma con puntualidad, para, posteriormente, financiar la expedición de Amílcar a Hispania. Y en el caso de la Segunda, es capaz de pagar las deudas de soldadas a sus mercenarios<sup>385</sup> y hacer frente con regularidad a las nuevas reparaciones de guerras e incluso plantear campañas en el norte de África con efectivos importantes en número<sup>386</sup>, tras un periodo no muy largo. Sin duda, las bajas y la pérdida de recursos por parte de Roma tanto en su primer como en su segundo conflicto con Cartago fueron mayores. En este sentido, el enorme poder demográfico del mundo romano se ha intentado matizar, pero resultó clave para el desarrollo y desenlace de la guerra, aunque no debemos caer en un determinismo según el cual la guerra estuviese decidida antes de empezar. Si se hubiera conseguido defender las posiciones cartaginesas en la península ibérica de manera más efectiva y se hubiera conseguido romper y poner en contra de Roma su propio sistema de alianzas y por consiguiente, gran

376 Bendala Galán, «Hijos del Rayo» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, 131.

377 González Wagner, «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica», 285.

378 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 18-19.

379 Roldán Hervás, *El imperialismo romano*, 9.

380 Sicilia, *Biblioteca histórica*, cap. XX, 10, 1-2.

381 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 365.

382 Conferencia: *Cannas: la batalla soñada* | Alberto Pérez Rubio (Madrid, 2021).

383 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 259.

384 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 38.

385 Barceló, 237.

386 Goldsworthy, *La caída de Cartago*, 569-70; Apiano, *Historia romana*. Vol. 1, cap. Afr, 70-71; Se llega a hablar de 58.000 hombres. Apiano, Afr, 73.

parte de su demografía, puesta al límite en algunas fases, la suerte de la guerra posiblemente hubiera sido distinta, además, respecto a la desigualdad de recursos, los propios romanos no la percibieron así y no debió de ser tan abrumadora, sobre todo en cuestión económica, algo que nos puede indicar el hecho de que, de facto, la firma del mal llamado “tratado del Ebro”, ponía de manifiesto el respeto que los romanos seguían sintiendo por Cartago, puesto que, aun limitando su expansión, el tratado reconocía las conquistas cartaginesas en Hispania, algo que Roma no hubiera hecho en ningún caso, interviniendo si la situación lo hubiera permitido, como hizo en el caso de Cerdeña<sup>387</sup>. Lo cual nos puede indicar que esta superioridad romana no era tan clara en ese momento, sobre todo con los múltiples frentes abiertos resultado de su política exterior. En definitiva, la verdadera fuerza romana residía, por lo tanto, en el abandono de la doctrina helenística y su concepción de “guerra total”, que le hizo continuar la guerra tras Cannas, así como la ventaja enorme del aprendizaje de conflictos anteriores y su habilidad para hacer atractiva la adhesión al sistema romano del núcleo de aliados itálicos.

## Bibliografía

- Álvarez Martí-Aguilar, Manuel. «Los fenicios en la península ibérica frente a Cartago y a Roma: cuestiones de identidad». En *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano*, editado por Juan Santos Yanguas, Gonzalo Cruz Andreotti, Marta Fernández Corral, y Lourdes Sánchez Voigt, 771-805. País Vasco: Universidad del País Vasco = Euskal Herriko Unibertsitatea, 2013.
- Apiano. *Historia romana*. Vol. 1. Traducido por Antonio Sancho Royo. Madrid: Gredos, 1980.
- Barceló, Pedro. *Aníbal de Cartago: Un proyecto alternativo a la formación del Imperio romano*. Madrid: Alianza, 2017.
- . «Aníbal y la helenización de la guerra en Occidente». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 159-75. Madrid: Polifemo, 2012.
- . «Un primer ensayo imperialista». En *Entre fenicios y visigodos: la historia antigua de la Península Ibérica*, editado por Jaime Alvar, 107-48. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008.
- Bendala Galán, Manuel. «*Hijos del Rayo*» *Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*. Madrid: Trébede Ediciones, 2015.
- . «La retaguardia hispana de Aníbal». *Mainake*, n.º 32 (2010): 437-60.
- Bermejo Barrera, José Carlos Bermejo. «Pensando la guerra: algunas lecciones de la historia clásica». *Gallaecia: revista de arqueología e antigüidade*, n.º 23 (2004): 289-300.
- Biglino, Fabrizio. «Rethinking the Factors That Determined Roman Victory in the Second Punic War». *Aquila Legionis: Cuadernos de Estudios Sobre El Ejército Romano*, n.º 22-23 (2019): 9-30.
- Blázquez Martínez, José María. «La herencia de Amílcar Barca (290-229 a.C.) y de Asdrúbal (245-221 a.C.) a Aníbal (247/246-183 a.C.): La Segunda Guerra Púnica». En *Aníbal de Cartago: historia y mito.*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 27-43. Madrid: Polifemo, 2012.
- Cabezas Guzmán, Gerard. «Aproximación a la logística militar del ejército de Aníbal». *Historiae*, n.º 10 (2013): 91-119.
- Cannas: la batalla soñada* | Alberto Pérez Rubio. Madrid, 2021.
- Corzo Sánchez, Jorge Ramón. «La Segunda Guerra Púnica en la Bética». *Habis*, n.º 6 (1975): 213-40.
- Díaz Sánchez, Carlos. «Las influencias religiosas en las decisiones del poder durante la Segunda Guerra Púnica». En *Ideología y religión en el mundo romano*, editado por Asociación Interdisciplinaria de Estudios Romanos, Gonzalo Bravo, y Raúl Salinero González, 383-94. Madrid: Signifer Libros, 2017.
- Domínguez Monedero, Adolfo J. «El Mediterráneo arcaico como escenario bélico». En *Navegar el Mediterráneo: Phicaria, VI Encuentros Internacionales del Mediterráneo*, editado por María Milagrosa Ros Sala y José María López Ballesta, 53-79. Mazarrón: Universidad Popular de Mazarrón, 2018.
- . «Los otros Barca: los familiares de Aníbal». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 177-202. Madrid: Polifemo, 2012.
- Elliott, Alex Michael. «The Role of the Roman Navy in the Second Punic War». *Studia Historica. Historia Antigua*, n.º 36 (2018): 5-29.
- Ferrer Albelda, Eduardo. «Rasgos ideológicos helenísticos en la política ibérica de los Barca». En *Grecia ante los Imperios: V Reunión de historiadores del mundo griego*, editado por Juan Manuel Cortés Copete, Elena Muñiz Grijalvo, y Rocío Gordillo Hervás, 305-16. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2011.
- Ferrer Maestro, Juan José. «Las cuentas de Aníbal». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 277-93. Madrid: Polifemo, 2012.
- García Coca, Verónica. «La ciudad en época de Aníbal. Urbanismo y arquitectura en la Cartago helenística». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando

387 Barceló, *Aníbal de Cartago*, 49.

- Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 71-98. Madrid: Polifemo, 2012.
- García Fernández, Francisco José. «Cartago a las puertas: Turdetania en los albores de la Segunda Guerra Púnica». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 379-428. Madrid: Polifemo, 2012.
- García Moreno, Luis A. «La explotación del agro africano por Cartago y la guerra líbica». *Memorias de historia antigua*, n.º 2 (1978): 71-80.
- García Riaza, Enrique. «La función de los rehenes en la diplomacia hispano-republicana». *Memorias de historia antigua*, n.º 18 (1997): 81-108.
- García-Bellido García de Diego, María Paz. «Los retratos de la dinastía bárquida en las monedas de Iberia». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 431-55. Madrid: Polifemo, 2012.
- Goldsworthy, Adrian. *La caída de Cartago: Las Guerras Púnicas, 265-146 A.C.* Traducido por Ignacio Hierro. Barcelona: Ariel, 2019.
- Gómez de Caso Zuriaga, Jaime. «Amílcar Barca y el fracaso militar cartaginés en la última fase de la Primera Guerra Púnica». *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, n.º 7 (1995): 105-26.
- . «Antecedentes de la Primera Guerra Púnica: de la guerra de Pirro al incidente de Mesina». *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, n.º 8 (1996): 101-41.
- . «La actitud líbica ante la invasión romana de M. Atilio Régulo (256-255 a.C.)». *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, n.º 30 (2018): 7-25.
- González Wagner, Carlos. «Ciudad y ciudadanía en la Cartago púnica». En *Repúblicas y ciudadanos: modelos de participación cívica en el mundo antiguo*, editado por Francisco Marco Simón, Francisco Pina Polo, y José Remesal Rodríguez, 103-14. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2006.
- . «El Sufetato de Aníbal». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 251-76. Madrid: Polifemo, 2012.
- . «Guerra, ejército y comunidad cívica en Cartago». En *Homenaje al profesor Presedo*, editado por Salvador M. Ordoñez Agulla, Pedro Sáez Fernández, y Francisco J. Presedo Velo, 825-36. Sevilla: Universidad de Sevilla-Caja de Ahorros San Fernando-Junta de Andalucía, 1994.
- . «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica». *Gerión*, n.º 17 (1999): 263-94.
- Gozalbes Cravioto, Enrique. «Los reyes africanos (númeridas y moros)». *Anuari de Filologia. Antiqua et Mediaevalia*, n.º 8 (2018): 355-63.
- Hernández Prieto, Enrique. «Mecanismos de adhesión y control de los pueblos hispanos durante la Segunda Guerra Púnica». *Habis*, n.º 42 (2011): 103-18.
- Hoyos, Dexter. «Barcid “Proconsuls” and Punic Politics, 237-218 B.C.» *Rheinisches Museum für Philologie* 137, n.º 3/4 (1994): 246-74.
- Huss, Werner. *Los cartagineses*. Traducido por José María Díaz-Regañón López. Madrid: Gredos, 1993.
- Jiménez, Pascual. «Mercenarios de la Península Ibérica en las tropas de Aníbal». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 227-50. Madrid: Polifemo, 2012.
- La batalla de Pidna: Roma y Macedonia, dos colosos frente a frente | Fernando Quesada Sanz*. Madrid, 2021.
- Lancel, Serge. *Cartago*. Traducido por María José Aubet. Barcelona: Crítica, 1994.
- Livio, Tito. *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*. Traducido por José Antonio Villar Vidal. Madrid: Gredos, 1993.
- . *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*. Traducido por José Antonio Villar Vidal. Madrid: Gredos, 1993.
- Marín Martínez, Antonio Pedro. «Economía y mercenariado. Su impacto en el declive del Mundo Púnico». En *Economías, comercio y relaciones internacionales en el Mundo antiguo*, editado por Carmen del Cerro Linares, Claudia V. Alonso, Oihane González Herrero, Laura Per Gimeno, María Soledad Milán Quiñones de León, Jorge Elices Ocón, Anna Mysłowska, y Alicia Viaña Gutiérrez, 89-106. Barcelona: Fullcolor printcolor, 2014.
- Martínez Hahn Müller, Víctor. «Los Barca, una familia aristocrática de Cartago durante el siglo III a.C.: Aspectos sociales, económicos y políticos». *Habis*, n.º 47 (2016): 171-86.
- . «Una historia del Mediterráneo Occidental. La lucha por el poder en Cartago durante la segunda mitad del siglo III a.C.» *Gerión* 34, n.º 34 (2016): 127-44.
- Pardo Barrionuevo, Carmen Ana. *Economía y sociedad rural fenicia en el Mediterráneo Occidental*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015.
- Polibio. *Historias: Libros I-IV*. Traducido por Manuel Balasch Recort. Madrid: Gredos, 1981.
- . *Historias: Libros V-XV*. Traducido por Manuel Balasch Recort. Madrid: Gredos, 1981.
- Prados Martínez, Fernando. «Apuntes sobre democracia, igualitarismo y tolerancia en Cartago a través de las fuentes arqueológicas y textuales (siglos IV-III A.C.)». *SPAL: Revista de prehistoria y arqueología de la Universidad de Sevilla*, n.º 15 (2006): 247-58.
- . «Sobre el paisaje agrario en el territorio de Cartago: Arquitectura militar y funeraria como

- herramienta de control y coerción social». En *Los paisajes rurales de la romanización: arquitectura y explotación del territorio*, editado por Victorino Mayoral Herrera y Sebastián Celestino Pérez, 37-58. Madrid: La Ergástula, 2010.
- Quesada Sanz, Fernando. «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano: vidas divergentes, muertes paralelas». En *Enemistades peligrosas: encuentros y desencuentros en el mundo antiguo*, editado por Fernando García Romero y Antonio Moreno Hernández, 175-207. Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos, 2013.
- . «Aníbal, strategos carismático, y los ejércitos de Cartago». En *Fragor Hannibalis: Aníbal en Hispania*, editado por Manuel Bendala Galán, María Pérez Ruiz, y Inmaculada Escobar, 254-83. Madrid: Comunidad de Madrid, 2013.
- . «En torno a las instituciones militares cartaginesas». *Treballs del Museu Arqueologic d'Eivissa e Formentera = Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*, n.º 64 (2009): 143-72.
- Rebolo Gómez, Rafael. «La armada cartaginesa». *Treballs del Museu Arqueologic d'Eivissa e Formentera = Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*, n.º 56 (2005): 31-72.
- Remedios Sánchez, Sergio. «La campaña contra los vacceos». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 203-25. Madrid: Polifemo, 2012.
- Rey Da Silva, Arturo. «Mar y guerra en el Mediterráneo Antiguo: Las Marinas Romana y Cartaginesa en el siglo III a.C.». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 45-69. Madrid: Polifemo, 2012.
- Rodríguez Muñoz, Raquel. «La religión fenicia en la Península Ibérica durante la Segunda Guerra Púnica». En *Aníbal de Cartago: historia y mito*, editado por Sergio Remedios Sánchez, Fernando Prados Martínez, y Jesús Bermejo Tirado, 99-129. Madrid: Polifemo, 2012.
- Roldán Hervás, José Manuel. *El imperialismo romano: Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-133 a.C.)*. Madrid: Síntesis, 1994.
- . *Historia de Roma*. Universidad de Salamanca, 1995.
- Rosselló Calafell, Gabriel. «La comisión de los treinta: ¿un instrumento excepcional de la diplomacia cartaginesa?». *Studia historica. Historia antigua*, n.º 38 (2020): 5-19.
- Ruiz González, Francisco José. «Estrategia militar y política: temas teóricos y aplicación práctica». *Boletín de Información*, n.º 308 (2009): 29-52.
- Scheid, John, y Milan Melocco. *Infografías de la antigua Roma*. Traducido por Nicolas Guillerat y Silvia Furió. Barcelona: Crítica, 2021.
- Sicilia, Diodoro de. *Biblioteca histórica: Libros XVIII-XX*. Traducido por Juan Pablo Sánchez. Madrid: Gredos, 2014.
- . *Biblioteca histórica: Libros XV-XVII*. Traducido por Juan José Torres Esbarranch y Juan Manuel Guzmán Hermida. Madrid: Gredos, 2012.
- Sierra Martín, César. «Traidores de la Hélade (S. VI-V a. C.)». *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, n.º 24 (2012): 109-44.
- Valdés Matías, Pau. «Cum cura exploratis (Liv. XXII, 12,2): inteligencia militar en Roma durante el siglo III a. C.». *Studia historica. Historia antigua*, n.º 38 (2020): 49-77.

